

ARIEL CIENCIA POLÍTICA

Asesor

JOSEP M. COLOMER

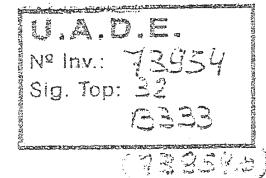
DIEZ TEXTOS BÁSICOS DE CIENCIA POLÍTICA

Textos de

GABRIEL A. ALMOND SEYMOUR MARTIN LIPSET
ROBERT A. DAHL GAETANO MOSCA
ANTHONY DOWNS MANCUR OLSON
MAURICE DUVERGER WILLIAM H. RIKER
DAVID EASTON STEIN ROKKAN
y SIDNEY VERBA

Edición a cargo de

ALBERT BATLLÉ



EDITORIAL ARIEL, S. A.
BARCELONA

que sucede con la mayor parte de las investigaciones políticas actuales, abocadas a explorar todos aquellos intrincados procesos subsidiarios mediante los que se toman y ejecutan decisiones. Por consiguiente, en la medida en que nos interesaría averiguar cómo se emplea la influencia para formular y poner en práctica varias clases de políticas o decisiones, el modelo hasta aquí desarrollado sería una primera aproximación, aunque mínima, suficiente.

Pero el problema crítico que enfrenta la teoría política no consiste exactamente en crear un aparato conceptual para comprender los factores interviniéntes en las decisiones que toma un sistema, es decir, enunciar una teoría de las asignaciones políticas. Como ya hemos señalado, la teoría debe averiguar cómo logra persistir un sistema cualquiera el tiempo suficiente para seguir tomando decisiones de esta índole, y cómo actúa frente a la tensión a que puede estar expuesto en cualquier momento. Por ese motivo, no podemos aceptar que los procesos políticos (o nuestro interés por ellos) acaben en los *outputs*. En consecuencia, es importante hacer constar, como parte característica de este modelo, que los *outputs* de los procesos de conversión retroalimentan el sistema y, de esta forma, conforman su conducta posterior. Es este rasgo, junto con la capacidad del sistema de emprender acciones constructivas, lo que permite que intente adaptarse a una posible tensión o hacerle frente.

El análisis sistémico de la vida política se apoya, pues, en la idea de que los sistemas están insertos en un ambiente y sujetos a posibles influencias ambientales, que amenazan con llevar sus variables esenciales más allá de su margen crítico. Ello induce a suponer que el sistema, para persistir, debe ser capaz de reaccionar con medidas que atenúen la tensión. Las acciones emprendidas por las autoridades son particularmente críticas en este aspecto; para que puedan llevarlas a cabo, necesitan obtener información sobre lo que ocurre, a fin de reaccionar en la medida que lo deseen o se vean obligados a ello. Contando con información, estarán en condiciones de mantener un nivel mínimo de apoyo para el sistema.

Un análisis sistémico plantea ciertos interrogantes fundamentales, cuya respuesta contribuirá a dotar de sustancia y vida al esquema presentado en este trabajo: ¿Cuál es la verdadera índole de las influencias que pesan sobre un sistema político? ¿Cómo operan sobre él? ¿De qué modo trataron habitualmente los sistemas de hacer frente a esa tensión, cuando lo hicieron? ¿Qué tipo de procesos de retroalimentación deben existir en un sistema a fin de que éste pueda adquirir y explotar la capacidad necesaria para reducir esas condiciones de tensión? ¿Qué diferencias existen entre diversos tipos de sistemas —modernos o en desarrollo, democráticos o autoritarios— en lo que respecta a los *inputs*, *outputs*, procesos de conversión interna y retroalimentación? ¿Qué efectos tienen estas diferencias sobre la capacidad del sistema para persistir frente a la tensión?

Naturalmente, la tarea de construcción de la teoría no consiste en dar respuestas sustantivas a estas preguntas desde el comienzo, sino más bien en enunciar las preguntas apropiadas, así como en idear el mejor modo de buscar tales respuestas.¹⁰

10. Tales son los objetivos que persiguen mis obras *Esquema para el análisis político* y *A Systems Analysis of Political Life*.

10. ESTRUCTURAS DE DIVISIÓN, SISTEMAS DE PARTIDOS Y ALINEAMIENTOS ELECTORALES

por SEYMOUR MARTIN LIPSET y STEIN ROKKAN

Formulaciones iniciales

TEMAS PARA EL ANÁLISIS COMPARADO

Los análisis reunidos en este trabajo abordan una serie de cuestiones fundamentales de la sociología política comparada.

El primer grupo de temas se relaciona con *la génesis del sistema de contrastes y divisiones* en una comunidad nacional: ¿Qué conflictos se presentan primero y cuáles después? ¿Cuáles resultaron ser temporales y secundarios? ¿Cuáles obstinados y omnipresentes? ¿Cuáles se mezclaron entre sí y produjeron coincidencias entre aliados y enemigos, y cuáles se reforzaron mutuamente y polarizaron a la ciudadanía nacional?

El segundo grupo de temas se centra en *las condiciones para el desarrollo de un sistema estable de divisiones y oposiciones* en la vida política nacional: ¿Por qué algunos conflictos tempranos establecieron oposiciones de partidos y otros no? ¿Qué puntos de vista e intereses contrapuestos de la comunidad nacional produjeron oposición directa entre partidos y cuáles se agruparon dentro de los amplios frentes de los partidos? ¿Qué condiciones favorecieron agrupaciones amplias de grupos de oposición, y cuáles ofrecieron mayor incentivo para la articulación fragmentada de intereses únicos o de causas estrictamente definidas? ¿En qué medida afectaron a estos procesos los cambios en las condiciones legales y administrativas de la actividad política, la ampliación de los derechos de participación, la adopción del voto secreto y la creación de controles rigurosos de la corrupción electoral, y la conservación de la pluralidad de decisiones o la implantación de algún tipo de representación proporcional?

El tercer y último grupo de temas se refiere al *comportamiento de la masa de ciudadanos corrientes* en los sistemas de partidos resultantes: ¿Con qué rapidez los partidos fueron capaces de obtener apoyo entre las nuevas masas de ciudadanos con derecho a voto y cuáles eran las características básicas de los grupos de votantes movilizados por cada partido? ¿Qué condiciones favorecieron y qué condiciones obstaculizaron las tareas de movilización de cada partido en los diferentes grupos de la masa ciudadana? ¿Con qué

rapidez los cambios en las condiciones económicas, sociales y culturales, producidos por el estancamiento o crecimiento económico, se tradujeron en cambios en las fuerzas y en las estrategias de los partidos? ¿Cómo influyó el éxito político en los índices de movilización y en la obtención de nuevos apoyos a cada partido? Los partidos reclutaron nuevas clientelas y cambiaron de seguidores al demostrar su viabilidad como canales de influencia en los procesos de elaboración de decisiones?

Éstos son algunos de los temas que esperamos aclarar. Hemos reunido análisis de datos sobre las condiciones económicas, sociales y culturales de oposiciones partidistas y de reacciones del electorado en doce sistemas políticos competitivos en la actualidad y uno que fue competitivo anteriormente. Diez de los doce sistemas competitivos son occidentales: cinco angloparlantes, tres europeos continentales y dos nórdicos. España es el sistema que fue competitivo y luego autoritario. Los dos casos que no pertenecen a Occidente son Brasil y Japón.

Todos estos análisis tienen una importante dimensión *histórica*. La mayoría de ellos se centra en datos que corresponden a elecciones celebradas en los años cincuenta, pero todos nos enfrentan de un modo u otro con la *comparación de desarrollos*: para entender los alineamientos concretos de los electores que respaldan a cada uno de los partidos, debemos diseñar el mapa de las variaciones en las *secuencias de alternativas* establecidas por los ciudadanos activos y pasivos de cada sistema desde que surgió una política competitiva. Los partidos no se presentan simplemente *de novo* al ciudadano en cada elección. Cada uno de ellos tiene una historia, y también la tiene el conjunto de alternativas que ofrecen al electorado. En estudios de una nación concreta no siempre debemos tener en cuenta esta historia al analizar alineamientos contemporáneos: suponemos que los partidos son «hechos dados» e igualmente visibles para todos los ciudadanos de la nación. Pero, cuando entramos en análisis comparativos, es necesario añadir una dimensión histórica. No podemos simple y llanamente explicar el sentido de las variaciones en los alineamientos actuales sin datos detallados de las diferencias en los procesos de formación de los partidos y en el carácter de las alternativas ofrecidas a los electorados antes y después de la ampliación del sufragio.¹ Debemos efectuar nuestros análisis comparativos en varias etapas. Primero tenemos que considerar los procesos iniciales para llegar a la política competitiva y a la institucionalización de las elecciones masivas, luego debemos desenredar la maraña de divisiones y oposiciones que produjeron el sistema nacional de organizaciones de masas para la acción electoral y entonces y sólo entonces podremos aproximarnos a cierta comprensión de las fuerzas que producen los alineamientos actuales de

1. A veces los analistas de una sola nación muestran muy poca conciencia de esta dimensión histórica de la investigación política: Bernard Berelson y sus colegas se preguntan en su capítulo teórico final de *Voting* (University of Chicago Press, Chicago, 1954), por qué «han sobrevivido democracias a lo largo de los siglos» (p. 311, la cursiva es nuestra). Lo problemático de este enunciado poco riguroso no es el error del dato histórico (sólo los Estados Unidos habían tenido política competitiva y sufragio casi universal durante más de cien años, aunque sólo para varones blancos, y la mayoría de los Estados de Occidente no alcanzaron la etapa de la democracia con sufragio pleno antes de finales de la primera guerra mundial) sino el supuesto de que la democracia de masas tiene una historia tan larga que los acontecimientos de las primeras etapas de movilización política no ejercen ya ninguna influencia en los alineamientos electorales de hoy. En realidad, en la mayoría de los estados de Occidente los procesos decisivos de formación de partidos se desarrollaron en las décadas inmediatamente anteriores y posteriores a la ampliación del sufragio, y estos mismos acontecimientos aún estaban vivos en el recuerdo personal de grandes sectores de los electores en la década de 1950.

votantes que están detrás de las alternativas históricamente dadas. En las democracias occidentales raras veces se convoca a los votantes para que manifiesten su posición sobre temas sueltos. Lo habitual es que se enfrenten a elecciones entre «paquetes» históricamente dados de programas, compromisos, actitudes y, a veces, *Weltanschauungen*; y su comportamiento actual no puede entenderse sin cierto conocimiento de las series de acontecimientos y las combinaciones de fuerzas que produjeron esos «paquetes». Nuestra tarea es elaborar modelos realistas que puedan explicar la formación de los diferentes sistemas de «paquetes» de este tipo bajo diferentes condiciones de desarrollo socioeconómico y de política nacional, y ajustar la información sobre estas variaciones del carácter de las alternativas a nuestros planes para el análisis de la conducta electoral actual. Tenemos la esperanza de aclarar los orígenes y la «solidificación» de diferentes tipos de *sistemas de partidos*, y pretendemos reunir materiales para el análisis comparativo de los *alineamientos actuales de votantes* que están detrás de los «paquetes» de alternativas históricamente dados en los diferentes sistemas.

En este trabajo nos limitaremos a unos cuantos casos de comparación sobreasentados. Para un estudio plenamente comparativo de los sistemas de partidos y de los alineamientos electorales en Occidente, y más allá de los sistemas competitivos en otras regiones del mundo, hay que esperar a que se completen una serie de análisis sociológicos detallados sobre desarrollos políticos nacionales.² Analizaremos primero una tipología de las bases de división posibles dentro de comunidades políticas nacionales; pasaremos luego a considerar los sistemas de partidos concretos actuales de países occidentales y, por último, señalaremos la importancia de las diferencias entre los sistemas de partidos en los alineamientos de los votantes según las alternativas entre las que se les pide que elijan. En esta última sección prestaremos atención a alineamientos basados en criterios socioculturales tan evidentes como *región*, *clase* y *credo religioso*, pero también a alineamientos basados en criterios estrictamente políticos de pertenencia a grupos de «nosotros» frente a los «ellos». Consideraremos la posibilidad de que los *propios partidos* se constituyan en polos de atracción significativos y produzcan sus propios alineamientos independientemente de soportes geográficos, sociales y culturales.

EL PARTIDO POLÍTICO: AGENTE DE CONFLICTO E INSTRUMENTO DE INTEGRACIÓN

(«Partido») ha significado, a lo largo de la historia de la política de Occidente, división, conflicto, oposición dentro de un cuerpo político.³ «Partido» deriva etimológicamente de «parte» y desde que apareció por primera vez en el discurso político, al final de

2. Hay un estudio de intentos recientes de elaborar «historias estadísticas de evoluciones políticas nacionales» en S. Rokkan, «Electoral Mobilization, Party Competition and National Integration», capítulo de J. LaPalombara y Myron Weiner, eds., *Political Parties and Political Development*, Princeton Univ. Press, Princeton, 1966.

3. Hay un análisis sumamente ilustrativo del papel de la teoría de los partidos en la historia del pensamiento político en Erwin Faul, «Verfemnung, Duldung und Anerkennung des Parteiwessens in der Geschichte des politischen Denkens», *Pol. Viertelj.schr.* 5(1), marzo 1964, pp. 60-80.

la Edad Media, ha conservado siempre esta referencia a un conjunto de elementos en competición o en discusión con otra serie de elementos en un conjunto unificado.

Se objetará que, como el siglo XX nos ha proporcionado una abundancia de partidos monolíticos, partidos totalitarios y «sistemas unipartidistas», ello sugiere otro sentido del término, un uso divergente. Se trata de una vieja ambigüedad en su uso. Max Weber en *Wirtschaft und Gesellschaft* analizaba la utilización de la palabra «partido» en descripciones de la política de las ciudades italianas medievales y afirmaba que los güelfos florentinos «dejaron de ser un partido» en sentido sociológico cuando se constituyeron en parte de la burocracia gobernante de la ciudad.⁴ Weber se negó explícitamente a aceptar cualquier equivalencia entre «partido» como se utilizaba en las descripciones de la política voluntaria competitiva, y «partido» como se aplicaba a los sistemas monolíticos. Aunque la diferenciación tenga una evidente importancia analítica, hay, sin embargo, una unidad latente de uso. El partido totalitario no opera a través de la *freie Werbung* (la libre competencia en el mercado político) sino que es una *parte* de un conjunto mucho mayor y está en *oposición* a otras fuerzas dentro de ese conjunto. El partido totalitario típico está formado por la parte activa, movilizadora del sistema nacional: no compite con otros partidos por cargos y favores pero, aun así, procura movilizar al pueblo *contra* algo: contra fuerzas conspiradoras dentro de la comunidad nacional o contra las presiones amenazadoras de enemigos extranjeros. Desde una perspectiva occidental, tal vez las elecciones no tengan mucho sentido en los sistemas totalitarios, pero cumplen, sin embargo, importantes funciones legitimadoras: son «rituales de confirmación» en una campaña continua contra la oposición «oculta», contra los adversarios ilegítimos del régimen establecido.

Sea cual sea la estructura de la organización política, los partidos han servido como agentes esenciales de movilización y han ayudado a integrar comunidades locales en la nación o en una federación más amplia. Esto sucedió con los primeros sistemas de partidos competitivos y sigue siendo básicamente cierto en las naciones con partido único de la era poscolonial. William Chambers, en su penetrante análisis de la formación del sistema de partidos estadounidense, ha reunido una amplia gama de indicios del papel integrador de los primeros partidos nacionales, los federalistas y los republicanos demócraticos: fueron las primeras organizaciones auténticamente nacionales, y realizaron los primeros esfuerzos positivos para sacar a los norteamericanos de su comunidad local y de su Estado y asignarles papeles en la política nacional.⁵ Los estudios de partidos en las nuevas naciones del siglo XX llegan a conclusiones similares. Ruth Schachter ha demostrado cómo las organizaciones unipartidistas africanas han sido utilizadas por los dirigentes políticos para «despertar un sentido de comunidad nacional más amplio»⁶ y para

4. Hay un estudio general de los usos actuales del término «partido» en el marco de un análisis comparado de sistemas políticos monolíticos frente a pluralistas en Giovanni Sartori, *Parties and Party Systems*, Harper & Row, Nueva York, 1967.

5. «Wenn eine Partei eine geschlossene, durch die Verbandsordnung dem Verwaltungsstab eingegliederte Verge-sellschaftung wird —wie z.B. die „parte Guelfa“...—, so ist sie keine Partei mehr sondern ein Teilverband des politischen Verbandes» (la bastardilla es nuestra), *Wirtschaft und Gesellschaft*, 4.ª ed., Mohr, Tübinga, 1956, I, p. 168; véase la tentativa de traducción en *The Theory of Social and Economic Organization*, The Free Press, Nueva York, 1974, pp. 409-410.

6. W. Chambers, *Parties in a New Nation*, Oxford University Press, Nueva York, 1963, p. 80.
7. Ruth Schachter, «Single-Party Systems in West-Africa», *Amer. Pol. Sci. Rev.*, 55 (1961), p. 301.

crear lazos de comunicación y de cooperación entre poblaciones étnica y territorialmente distintas.

Este proceso de integración puede analizarse en los sistemas de partidos competitivos en dos niveles: por una parte, cada partido establece una red de canales de comunicación locales conectados, y ayuda de este modo a reforzar las identidades nacionales; por otra, su misma competitividad ayuda a emplazar el sistema nacional de gobierno *por encima* de cualquier grupo concreto de funcionarios. Esto opera en ambos sentidos: se estimula a los ciudadanos a diferenciar entre su lealtad al sistema político global y sus actitudes hacia los grupos de políticos en competencia, de modo que los que compiten por el poder tendrán, al menos si cuentan con alguna posibilidad de conseguir el cargo, cierto interés en mantener esta vinculación de todos los ciudadanos al sistema político y sus reglas de relevo. En un sistema político monolítico no se estimula a los ciudadanos a diferenciar entre el sistema y los funcionarios que ocupan los cargos. La ciudadanía tiende a identificar la organización política con la política de dirigentes concretos, y los que detentan el poder explotan normalmente las lealtades nacionales asentadas para obtener apoyos personales. En estas sociedades cualquier ataque a los dirigentes políticos o al partido dominante tiende a convertirse en un ataque al propio sistema político. Las disputas sobre políticas concretas o titularidades concretas plantean inmediatamente problemas fundamentales de supervivencia del sistema. En un sistema competitivo de partidos es muy posible que se acuse a los que detentan el poder de debilitar al Estado o de traicionar las tradiciones de la nación, pero la existencia continuada del sistema político no corre peligro. Un sistema competitivo de partidos protege a la nación contra el descontento de sus ciudadanos: los agravios y los ataques se devían del sistema global y se dirigen hacia el grupo de los que detentan el poder en ese momento.⁸

Sociólogos como E. A. Ross⁹ y George Simmel¹⁰ han analizado el papel integrador de los conflictos institucionalizados en los sistemas políticos. La creación de canales regulares para la expresión de conflictos de intereses ha ayudado a estabilizar la estructura de un gran número de Estados-nación. La equiparación efectiva del estatus de diferentes credos ha ayudado a matizar los anteriores conflictos sobre cuestiones religiosas. La ampliación del sufragio y práctica de la libertad de expresión política ayudaron también a reforzar la legitimidad de los Estados-nación. La apertura de canales para la expresión de conflictos manifiestos o latentes entre las clases asentadas y las subprivilegiadas puede haber desequilibrado algunos sistemas en su primera fase pero, a la larga, fortaleció el cuerpo político.

Esta dialéctica conflicto-integración tiene un interés básico en la investigación actual sobre la sociología comparativa de los partidos políticos. Lo que pretendemos en este análisis es abordar los partidos como *alianzas en conflicto sobre políticas y fidelidades a valores dentro de un cuerpo político más amplio*. Los partidos ejercen una doble fascinación en el sociólogo. Ayudan a cristalizar y a hacer explícitos los intereses contrapues-

8. Hay un análisis general de este proceso en S. M. Lipset y otros, *Union Democracy*, The Free Press, Nueva York, 1956, pp. 268-269.

9. E. A. Ross, *The Principles of Sociology*, Century, Nueva York, 1920, pp. 164-165 («Sus propios conflictos internos cosen a la sociedad manteniéndola unida.»)

10. G. Simmel, *Soziologie*, Duncker & Humblot, Berlín, 1923 y 1958, cap. IV; traducción inglesa, *Conflict and the Web of Group Affiliation*, The Free Press, Nueva York, 1964.

Itos y los contrastes y tensiones latentes de la estructura social existente, y fuerzan a los ciudadanos a aliarse entre ellos por encima de las líneas de división estructurales así como a establecer prioridades entre sus fidelidades hacia los papeles establecidos o eventuales del sistema. Los partidos tienen una función expresiva, elaboran una retórica para la traducción de los contrastes de la estructura social y cultural en exigencias y presiones para la acción o la no acción. Pero tienen también funciones instrumentales y representativas, fuerzan a los portavoces de los diversos puntos de vista e intereses contrapuestos a llegar a acuerdos, a escalonar peticiones y a agregar presiones. Los partidos pequeños pueden contentarse con funciones expresivas, pero ningún partido puede tener la esperanza de llegar a ejercer una influencia decisiva en los asuntos de una comunidad sin cierta voluntad de superar las divisiones existentes para establecer frentes comunes con adversarios y enemigos potenciales. Esto sucedió en la primera etapa de las formaciones partidistas embrionarias en torno a agrupaciones y clubes de *notables* y legisladores, pero la necesidad de alianzas más amplias se agudizó al ampliarse los derechos de participación a nuevos estratos de la ciudadanía.

Los partidos que aspiran a posiciones mayoritarias en Occidente son conglomerados de grupos que discrepan en amplias gamas de cuestiones, pero, sin embargo, están unidos por su mayor hostilidad hacia sus competidores de los otros campos. Pueden surgir conflictos y controversias de una gran variedad de relaciones en la estructura social, pero sólo unos pocos tienden a polarizar la política de un sistema determinado. Hay una jerarquía de bases de división en cada sistema y estos órdenes de primacía política no sólo varían entre Estados, sino que tienden también a experimentar cambios con el tiempo. Estas diferencias y cambios del peso político de las divisiones socioculturales plantean problemas fundamentales en la investigación comparada: ¿Cuándo es más probable que resulte polarizadora la pertenencia a una región, una lengua o una raza? ¿Cuándo alcanzará preeminencia la clase social? ¿Cuándo serán bases de división igualmente importantes las fidelidades de credo y las identidades religiosas? ¿Qué circunstancias es más probable que favorezcan el acuerdo de esas oposiciones dentro de los partidos y en qué circunstancias es más probable que constituyan problemas entre los partidos? ¿Qué tipos de alianzas tienden a maximizar la tensión sobre el Estado y cuáles ayudan a integrarlo? Cuestiones como éstas estarán en el programa de la sociología política comparada durante los años futuros. No es que falten hipótesis, pero se ha hecho muy poco hasta el momento en relación con el análisis sistemático de varios sistemas. Se ha dicho a menudo que los sistemas estarán sometidos a una tensión mucho mayor si las principales líneas de división se relacionan con la moral y la naturaleza del destino humano que si se refieren a cuestiones negociables y mundanas como los precios de los artículos, los derechos de deudores y acreedores, los salarios y beneficios y el control de la propiedad. Sin embargo, esto no nos lleva demasiado lejos; lo que queremos saber es cuándo un tipo de división destacará más que otro, qué clases de alianzas han producido y qué consecuencias ha tenido este conjunto de fuerzas en la elaboración del consenso en el Estado nacional. No pretendemos encontrar soluciones claramente definidas, pero hemos intentado empujar el análisis un paso más allá. Empezaremos revisando una serie de fuentes lógicamente posibles de tensiones y oposiciones en estructuras sociales y pasaremos luego a

elaborar un inventario de los ejemplos empíricamente existentes de expresiones políticas de cada tipo de conflictos. En este contexto no hemos intentado ofrecer un esquema global de análisis, pero nos gustaría señalar una posible vía de aproximación.

DIMENSIONES DE DIVISIÓN: UN MODELO POSIBLE

El tan debatido esquema cuádruple de Talcott Parsons para la clasificación de las funciones de un sistema social aporta un punto de partida útil para un inventario de las bases potenciales de división.

El esquema cuádruple apareció por primera vez en *Working Papers in the Theory of Action*¹¹ y partía de una clasificación cruzada de cuatro alternativas básicas de orientación en los papeles adoptados por agentes en los sistemas sociales:

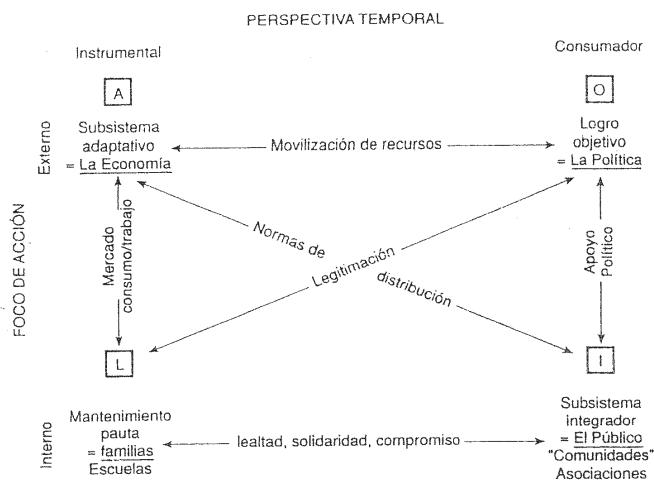
Categorización de objetos situacionales	Actitudes hacia objetos	Funciones correspondientes para el sistema
I. Universalismo frente a Particularismo	III. Especificidad frente a Dispersión	Adaptación
II. Actuación frente a Calidad	IV. Afectividad frente a Neutralidad	Integración Logro de Objetivos Latencia: pauta mantenimiento y alivio tensión

Este esquema abstracto sirvió como paradigma básico en una serie de intentos sucesivos¹² de cartografiar los flujos y los medios de intercambio entre los agentes y las colectividades dentro de sistemas sociales o de sociedades territoriales totales. El paradigma planteaba cuatro subsistemas funcionales de cada sociedad y seis líneas de intercambio entre cada par (fig. 10.1).

Tres de estas series de intercambios tienen interés crucial para el sociólogo político: Este desea saber cómo las colectividades solidarias, las comunidades latentes de intereses y perspectivas, y las asociaciones y movimientos manifiestos dentro de una so-

11. T. Parsons, R. F. Bales y E. E. Shils, *Working Papers in the Theory of Action*, The Free Press, Nueva York, 1953, caps. III y IV.

12. El primer desarrollo amplio del esquema se encuentra en T. Parsons y N. J. Smelser, *Economy and Society*, Routledge, Londres, 1956. Una reformulación simplificada en T. Parsons, «General Theory in sociology», en R. K. Merton y otros, eds., *Sociology Today*, Basic Books, Nueva York, 1959. Se bosquejaron amplias revisiones del esquema en T. Parsons, «Pattern Variables Revisited», *Am. Sociol. Rev.* 25 (1960), pp. 467-483, y han sido expuestas con más detalle en T. Parsons, «On the Concept of Political Power», *Proc. Amer. Philos. Soc.*, 107 (1963), pp. 232-262. Hay una intento de utilizar el esquema parsoniano en el análisis político en William Mitchell, *The Polity*, The Free Press, Nueva York, 1962; véase también *Sociological Analysis and Politics: The Theories of Talcott Parsons*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1967.

FIG. 10.1. *El paradigma parsoniano de intercambios sociales.*

ciedad territorial determinada limitan las alternativas e influyen en las decisiones de los dirigentes del gobierno y de sus organismos ejecutivos: todos ellos son procesos de intercambio entre los subsistemas *I* y *O*.

También quiere saber lo dispuestos o lo reacios que son los sujetos individuales y las familias de la sociedad a dejarse movilizar para la acción por los diversos movimientos y asociaciones, y cómo deciden en casos de rivalidad y conflicto entre diferentes agentes movilizadores: todas éstas son cuestiones sobre intercambios entre los subsistemas *L* e *I*.

Por último, le interesa localizar regularidades en la conducta de familias y sujetos individuales en sus intercambios directos (*L* a *O*, *O* a *L*) con los órganos territoriales de gobierno, ya sea en el cumplimiento de normas legales, como contribuyentes y como potencial humano reclutado, o como votantes en elecciones y consultas institucionalizadas.

13. Parsons ha especificado las «entradas» y «salidas» del intercambio *I-O* en estos términos:

Apoyo generalizado	
O: ESTADO	PÚBLICO: <i>I</i>
Jefatura efectiva	
Defensa de políticas	
Decisiones vinculantes	

Véase «Voting and the Equilibrium of the American Political System», en E. Burdick y A. Brodbeck, eds., *American Voting Behavior*. The Free Press, Nueva York, 1959, pp. 80-120.

Pero no pretendemos abordar *todos* los intercambios entre *I* y *O*, entre *I* y *L*, o entre *L* y *O*. Sólo nos interesan los intercambios *I-O* en cuanto fomentan el desarrollo de sistemas de partidos competitivos, y los intercambios *I-L* en la medida en que ayudan a establecer vínculos claros de pertenencia, identificación y disposición a la movilización entre ciertos partidos y ciertas categorías de sujetos y de familias. Y no nos interesan en absoluto los intercambios *L-O*, sino sólo los que se expresan en elecciones y en organizaciones para la representación formal.

De acuerdo con el paradigma parsoniano nuestras tareas son en realidad cuádruples:

1. Primero debemos examinar la *estructura interna* del cuadrante *I* en una serie de sociedades territoriales: ¿Qué divisiones se habían manifestado en la comunidad nacional en las primeras fases de consolidación y qué divisiones surgieron en las fases siguientes de centralización y crecimiento económico? Abordaremos cuestiones de este tipo en la sección siguiente.

2. A continuación, nuestra tarea es comparar *series de intercambios I-O* para localizar regularidades en el proceso de *formación de partidos*. ¿Cómo encontraron expresión política las divisiones heredadas y cómo la organización territorial del Estado-nación, la división de poderes entre gobiernos y parlamentos y la ampliación de los derechos de participación y consulta influyeron en la formación de alianzas y oposiciones entre tendencias políticas y movimientos y acabaron produciendo un sistema de partidos diferenciado? En las dos secciones siguientes nos ocuparemos de cuestiones relacionadas con estos problemas.

3. Nuestra tercera tarea es estudiar las consecuencias de estos fenómenos para los *intercambios I-L*. ¿Qué identidades, qué solidaridades, qué experiencias comunes pudieron reforzar y utilizar los partidos emergentes y cuáles tuvieron que suavizar o ignorar? ¿En qué sector de la estructura social les fue más fácil a los partidos encontrar apoyo estable y dónde hallaron las barreras más impenetrables de recelo y rechazo? Abordaremos estas cuestiones en la sección final.

4. Y nuestra tarea final es aplicar todos estos datos al análisis de los *intercambios L-O* en el funcionamiento de las *elecciones* y el *reclutamiento de representantes*. ¿Hasta qué punto las distribuciones electorales reflejan divisiones estructurales en la sociedad concreta de que se trata? ¿Cómo influye en la conducta electoral la disminución de alternativas que trae consigo el sistema de partidos? ¿Hasta dónde son obstaculizadas las tentativas de adoctrinamiento y movilización, debido a la formación de una maquinaria electoral políticamente neutral, la formalización y regularización de procedimientos y la implantación del voto secreto?

14. Talcott Parsons, en una comunicación privada, ha señalado una serie de dificultades en este enunciado: hemos singularizado los atributos funcionales dominantes de una serie de actos políticos concretos sin considerar sus diversas funciones secundarias. Es evidente que un voto puede considerarse un acto de apoyo a un movimiento concreto (*L-I*) o a un grupo concreto de dirigentes (*I-O*) así como una ficha en la interacción directa entre familias y autoridades territoriales constituidas (*L-O*). Nuestra idea es que, en el estudio de política electoral de masas en los sistemas competitivos de Occidente, hay que establecer una diferenciación básica entre el voto como una forma normal de legitimación (al representante elegido le legitiman los votos efectivos, incluso los de sus adversarios) y el voto como expresión de lealtad al partido. La regulari-

Bajo esta interpretación del esquema parsoniano hay un modelo simple de tres fases del proceso de formación de la nación:

En la primera fase los esfuerzos de penetración y regularización que parten del centro nacional aumentan las resistencias territoriales y plantean problemas de identidad cultural. La frase «*¿Soy virginiano o norteamericano?*» de Robert E. Lee es una expresión típica de las tensiones *O-L* que se generan en el proceso de formación de la nación.

En la segunda fase estas oposiciones locales a la centralización producen una *variedad de alianzas* entre las comunidades de la nación: los destinos comunes de las familias de la casilla *L* generan asociaciones y organizaciones en la casilla *I*. En algunos casos estas alianzas pondrán a una parte del territorio nacional contra otra. Éste es el caso típico de países donde convergen una serie de lealtades contrarias al orden establecido: étnicas, religiosas y de clase, en Irlanda bajo el dominio británico; de lengua y clase en Bélgica, Finlandia, España y Canadá. En otros casos las alianzas tenderán a extenderse por la nación y a enfrentar a adversarios en todas las localidades. En la tercera fase, las alianzas de la casilla *I* entrarán en la casilla *O* y lograrán cierto control, no sólo del uso de recursos nacionales centrales (intercambios *O-A*), sino también sobre la canalización de los flujos de legitimación de *L* a *O*. Esto puede materializarse en reformas electorales, en cambios en los procedimientos de registro y votación, en nuevas normas de agregación electoral, y en ampliaciones de las esferas de intervención legislativa.

Este modelo puede desarrollarse en varias direcciones. Hemos decidido centrar la atención en las posibles diferenciaciones dentro de la casilla *I*: el lugar donde se forman los partidos políticos en las democracias de masas.

DIMENSIONES DE DIVISIÓN Y ALIANZAS

Dos dimensiones de división: la cultural-territorial y la funcional

Hasta el momento, Talcott Parsons ha prestado una atención sorprendentemente escasa a las posibilidades de diferenciación interna dentro de la casilla *I*. Entre sus colaboradores, Smelser ha dedicado mucho ingenio a elaborar un esquema abstracto para explicar reacciones y movimientos colectivos,¹⁵ pero este procedimiento complejo de análisis nivel por nivel se centra básicamente en la aparición de manifestaciones aisladas y no aporta claves directas para la clasificación y comparación de *sistemas* de movimientos sociales y partidos políticos en sociedades históricamente determinadas. No podemos tener la esperanza de llenar esta laguna de la literatura teórica, pero nos sentimos tentados a proponer una línea de elaboración conceptual a partir del paradigma básico *A-O-I-L*. Nuestra propuesta es que las divisiones cruciales y sus expresiones políticas pueden ordenarse dentro del espacio bidimensional generado por las dos diagonales de la doble dicotomía (fig. 10.2).

zación de los procedimientos electorales y la formalización del acto de preferencia subrayaron esta diferenciación entre legitimación (*L-O*) y apoyo (*L-I*). Hay un análisis más amplio de estos fenómenos en S. Rokkan, «Mass Suffrage, Secret Voting and Political Participation», *Arch. Eur. Sociol.*, 2, 1961, pp. 132-152; y en T. Parsons, «Evolutionary Universals in Society», *Amer. Sociol. Rev.*, 29, junio de 1964, pp. 339-357, especialmente el análisis del artículo de Rokkan, pp. 354-356.

15. Neil J. Smelser, *Theory of Collective Behaviour*, Routledge, Londres, 1962.

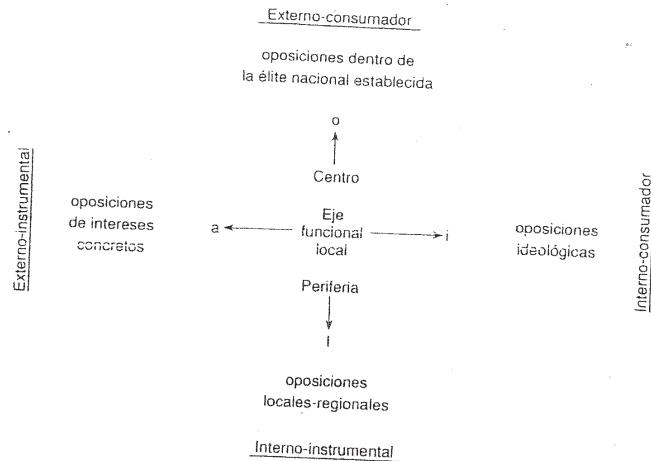


FIG. 10.2. Una posible interpretación de la estructura interna del cuadrante *I*.

En este modelo las dicotomías parsonianas se han transformado en coordenadas continuas: la línea *l-o* representa una dimensión territorial de la estructura de división nacional y la línea *a-i* una dimensión funcional.¹⁶

En el extremo *l* del eje territorial hallaríamos oposiciones estrictamente locales a abusos de las élites nacionales dominantes (o que aspiran al dominio) y de sus burocracias: las reacciones típicas de regiones periféricas, minorías lingüísticas y poblaciones culturalmente amenazadas debido a las presiones de la maquinaria de centralización, regularización y «racionalización» del Estado nacional. En el extremo *g* del eje hallaríamos conflictos, ya no entre unidades estructurales dentro del sistema, sino en torno al control, la organización, los objetivos y las opciones políticas del sistema en su conjunto. Podrían no ser más que luchas directas entre élites que compiten por el poder central, pero también podrían reflejar diferencias más profundas en torno a concepciones de nacionaldad, a prioridades domésticas y a estrategias externas.

Los conflictos a lo largo del eje *a-i* recorren las unidades territoriales de la nación. Producen alianzas de familias y súbditos situados u orientados similarmente en amplios ámbitos de poblaciones y tienden a socavar la solidaridad tradicional de las comunidades territorialmente establecidas. En el extremo *a* de esta dimensión hallaríamos el conflicto característico sobre reparto a corto o a largo plazo de recursos, productos y beneficios de la economía: conflictos entre productores y compradores, entre obreros y patronos, entre prestamistas y prestatarios, entre arrendatarios y propietarios, entre contribuyentes y beneficiarios. En este extremo los alineamientos son específicos y los conflictos tienden a

16. De acuerdo con las convenciones parsonianas utilizamos símbolos en minúscula para las partes de subsistema y mayúsculas para las partes de sistemas totales.

resolverse mediante negociación racional, estableciendo normas de distribución universales. Cuanto más avanzamos hacia el extremo *i* del eje, más difusos son los criterios de alineamiento, más intensa es la identificación con el grupo «nosotros» y más tajante el rechazo del grupo «ellos». En el extremo *i* de la dimensión hallamos las típicas oposiciones «amigo-enemigo» de movimientos ideológicos o religiosos muy determinantes de la comunidad que les rodea. El conflicto no es ya sobre pérdidas o ganancias concretas sino sobre concepciones de verdad moral o sobre la interpretación de la historia y del destino humano; la pertenencia no es ya cuestión de afiliación múltiple en varias direcciones, sino una lealtad difusa de «jornada completa», incompatible con otros vínculos de la comunidad; y no hay ya comunicación que fluya libremente por encima de las líneas de división sino que está restringida y regulada para proteger el movimiento contra impurezas y contra las semillas del pacto.

Las divisiones históricamente documentadas raras veces caen en los extremos de los dos ejes: un conflicto concreto raras veces es exclusivamente territorial o exclusivamente funcional, sino que se alimentará de tensiones de ambas direcciones. El modelo sirve básicamente como una *red* en el análisis comparativo de sistemas políticos: la tarea consiste en localizar las alianzas entre partidos en determinados momentos dentro de este espacio bidimensional. Los ejes no son fácilmente cuantificables y pueden no satisfacer ninguno de los criterios sobre una escala rigurosa; sin embargo, parecen heurísticamente útiles para propósitos como el nuestro de enlazar variaciones empíricas de estructuras políticas con los conceptos actuales de la teoría sociológica.

Unos cuantos ejemplos concretos del origen de los partidos pueden ayudar a aclarar las diferencias de nuestro modelo.

En Inglaterra, el primer Estado-nación que reconoció la legitimidad de las oposiciones partidistas, los conflictos iniciales fueron básicamente de los tipos que hemos situado en el extremo *i* del eje vertical. Los cabezas de familia independientes y propietarios de tierras de los condados se oponían a los poderes y las decisiones del gobierno y la administración de Londres. La oposición entre el «partido agrario» de caballeros e hidalgos y el «partido de la Corte y el Tesoro» de los magnates liberales y de los funcionarios fue en principio territorial. La animosidad de los conservadores no iba dirigida inevitablemente contra el predominio de Londres en los asuntos de la nación pero, sin duda, la provocaba la forma desdénosa con que actuaban los funcionarios influyentes de la administración y sus poderosos aliados de los municipios. El conflicto no era sobre política general sino sobre patronazgo y cargos. La aristocracia no recibió su cuota de los intercambios *quid pro quo* de influencia local en relación con los cargos del gobierno y nunca estableció un frente común claro contra los que detentaban el poder central. «El conservadurismo era, hacia 1750, más que nada la oposición de los dirigentes locales a la autoridad central y se esfumó cuando los miembros de esa clase entraron en la órbita del gobierno.¹⁷

Estas oposiciones particularistas, centradas en el parentesco, en oposiciones «interior-exterior», son comunes en las primeras fases de la formación de una nación: las clientelas

17. Lewie Namier, *England in the Age of the American Revolution*, Macmillan, Londres, 1930, cita de la segunda edición, 1961, p. 183.

electorales son pequeñas, diferenciadas y fácilmente controlables, y lo que se puede ganar o perder en la vida pública tiende a ser personal y concreto más que colectivo y general.

Las oposiciones puramente territoriales raras veces sobreviven a las ampliaciones del sufragio. Dependerá mucho de la coordinación de las etapas cruciales de la formación de la nación: unificación territorial, instauración de un gobierno legítimo y monopolización de los órganos de violencia, el despegue hacia la industrialización y el crecimiento económico, el desarrollo de la instrucción popular y la incorporación de las clases más bajas a la política organizada. La primera etapa de la democratización no genera necesariamente marcadas divisiones según las líneas funcionales. El resultado inicial de una ampliación del sufragio será con frecuencia una acentuación de los contrastes entre el campo y los centros urbanos, entre las creencias fundamentalistas-ortodoxas del campesinado y de los habitantes de las poblaciones pequeñas y el secularismo que se nutre de las grandes ciudades y las metrópolis. En los Estados Unidos las divisiones eran característicamente culturales y religiosas. Las luchas entre los jeffersonianos y los federalistas, los jacksonianos y los conservadores, los demócratas y los republicanos se centraban en concepciones contrapuestas de la moral pública, y enfrentaban a puritanos y otros protestantes contra deístas, masones e inmigrantes católicos y judíos.¹⁸ La afluencia acelerada de inmigrantes de clase baja en las áreas metropolitanas y los centros industriales acentuó los contrastes entre los ámbitos culturales rural y urbano y entre los estados atrasados y avanzados de la Unión. Esta acumulación de divisiones territoriales y culturales en las primeras fases de democratización puede documentarse en todos los países. En Noruega, todos los campesinos con tierras en régimen de propiedad plena y la mayoría de los que las arrendaban obtuvieron el derecho de voto ya en 1814, pero hicieron falta varias décadas para que se movilizaran para oponerse a los funcionarios del rey y al predominio de las ciudades en la economía nacional. Las divisiones cruciales que se manifestaron en los años setenta eran básicamente territoriales y culturales: las provincias estaban enfrentadas a la capital; los campesinos, con creciente conciencia de Estado, defendían sus tradiciones y su cultura frente a las pautas que les imponían la burocracia y la burguesía urbana. Curiosamente, la ampliación del sufragio a los trabajadores sin tierra en el campo y a los trabajadores sin propiedades en las ciudades no produjo una polarización inmediata de la política sobre líneas de clase. Los temas de la lengua, la religión y la moral mantuvieron las divisiones territoriales en el sistema y pasaron por encima de los conflictos entre los estratos más pobres y los más acomodados de la población. Sin embargo, había variaciones significativas entre localidades y entre religiones: la «política de defensa cultural» inicial sobrevivió a la ampliación del sufragio en las comunidades igualitarias del sur y del oeste, pero quedó atrás en la política de las comunidades económicamente atrasadas y organizadas jerárquicamente del norte.¹⁹ El proceso que se produjo

18. Hay un análisis detallado del vínculo entre divisiones religiosas y alianzas políticas en los Estados Unidos en Seymour Martin Lipset, *The First New Nation*, Basic Books, Nueva York, 1963, cap. 4; y «Religion and Politics in the American Past and Present», en R. Lee y M. Martin, *Religion and Social Conflict*, Oxford University Press, Nueva York, 1964, pp. 69-126.

19. Para más detalles véase S. Rokkan y H. Valen, «Regional Contrasts in Norwegian Politics», en E. Allardt y Y. Litunen, eds., *Cleavages, Ideologies and Party Systems*, Westermarck Society, Helsinki, 1964, pp. 162-238.

en el sur y el oeste de Noruega tiene paralelos interesantes en la «franja celta» de Inglaterra. En estas zonas, sobre todo en Gales, la oposición al dominio territorial, cultural y económico de los ingleses brindó la base para un apoyo de alcance comunitario a los liberales y retrasó el desarrollo de la política de clase directa, incluso en las zonas mineras.²⁰ El surgimiento súbito de fuerzas socialistas en la periferia norte de Noruega guarda un paralelismo con la espectacular victoria del partido obrero finlandés en las primeras elecciones con sufragio universal: los pescadores y los pequeños arrendatarios del norte de Noruega apoyaron a un partido de clase baja apenas consiguieron el voto, y lo mismo hizo el proletariado finés.²¹ Ateniéndonos a nuestro modelo abstracto, la política de las periferias occidentales de Noruega y de Inglaterra tienen su foco en el extremo inferior del eje *l-o*, mientras que la política de los distritos atrasados de Finlandia y del norte noruego muestra la formación de alianzas más próximas a *o* y en puntos variables del eje *a-i*. En un caso, el criterio decisivo de alineación es *lealtad a la localidad y a su cultura dominante*: se vota con la propia comunidad y sus dirigentes independientemente de la posición económica. En el otro caso el criterio es *lealtad a una clase y a sus intereses colectivos*: votas con otros que están en la misma situación que tú, viven donde viven, y estás dispuesto a hacerlo así aunque esto te enfrenta a miembros de tu comunidad. Raras veces encontramos un criterio de alineamiento completamente dominante. Habrá desviaciones de la votación territorial estricta con la misma frecuencia que en la votación de clase estricta. Pero a menudo hallamos diferencias marcadas entre regiones en el *peso* de uno u otro criterio de alineación. Los análisis ecológicos de resultados electorales y los datos del censo de las primeras fases de movilización pueden ayudarnos a trazar el mapa de esas variaciones con mayor detalle y a señalar los factores que refuerzan el predominio de políticas territoriales o los que aceleran el proceso de polarización de clase.²²

LAS DOS REVOLUCIONES: LA NACIONAL Y LA INDUSTRIAL

Las oposiciones territoriales limitan el proceso de formación nacional; llevadas a un punto extremo conducen a la guerra, la secesión e, incluso, a posibles éxodos. Las oposiciones funcionales sólo pueden desarrollarse después de cierta consolidación inicial del territorio nacional. Surgen con la comunicación e interacción crecientes entre las localidades y las regiones, y se difunden a través de un proceso de «movilización social». El

20. Véase Kenneth O. Morgan, *Wales in British Politics 1868-1922*, Univ. of Wales Press, Cardiff, 1963, pp. 45-255. Hay un análisis ecológico detallado de las distribuciones del voto en Gales, de 1861 a 1951, en K. R. Cox, *Regional Anomalies in the Voting Behavior of the Population of England and Wales: 1921-51*, Univ. of Illinois, 1966. Cox explica la fuerza de los liberales en Gales en términos muy parecidos a como explican Rokkan y Valen la fuerza de la «contracultura» de izquierdas en el sur y el oeste de Noruega: el predominio de explotaciones agrícolas pequeñas, la estructura de clase igualitaria, oposición lingüística e inconformismo religioso.

21. Para Noruega véanse las obras de S. Rokkan ya citadas. Para Finlandia, véase Pirkko Rommi, «Finland», en *Problemer i nordisk historieforskning*. «II. Framveksten av de politiske partier i de nordiske land på 1800-tallet», Universitetsforlaget, Bergen, 1964, pp. 103-130; E. Allardt, «Patterns of Class Conflict and Working Class Consciousness in Finnish Politics», en E. Allardt e Y. Littunen, *Cleavages, Ideologies and Party Systems*, pp. 97-131.

22. Véase S. Rokkan, «Electoral mobilization...», *op. cit.*

23. Hay una definición de este concepto y una especificación de posibles indicadores en Karl Deutsch, «Social Mobilization and Political Development», *Am. Pol. Sci. Rev.*, 55, 1961, pp. 493-514.

Estado-nación en formación fue creando una amplia serie de agentes de unificación y regularización y penetró poco a poco en los baluartes de la cultura local «primordial». Lo mismo hicieron las organizaciones de la Iglesia, a veces en estrecha relación con los organizadores laicos, y con frecuencia oponiéndose a los funcionarios del Estado, compitiendo con ellos. Y lo mismo hicieron los diversos agentes autónomos de desarrollo y crecimiento económico, las redes de comerciantes y mercaderes, de banqueros y financieros, de artesanos y de empresarios industriales.

En un principio, el crecimiento de la burocracia nacional básicamente tendió a producir oposiciones territoriales. Pero la ampliación subsiguiente del ámbito de las actividades gubernamentales y la aceleración de las interacciones entre poblaciones fomentaron poco a poco sistemas de alineamiento mucho más complejos, algunos entre poblaciones y otros por encima y dentro de las poblaciones.

Las primeras olas de contramovilización amenazaron a menudo la unidad territorial de la nación, la federación y el imperio. La movilización del campesinado en Noruega y en Suecia fue imposibilitando el mantenimiento de la unión; la movilización de los pueblos sometidos de los territorios de los Habsburgo destruyó el Imperio; la movilización de los católicos irlandeses llevó a la guerra civil y a la separación. Las tensiones actuales del proceso de formación de naciones en los nuevos Estados de África y Asia reflejan conflictos similares entre culturas dominantes y dominadas; las historias recientes del Congo, la India, Indonesia, Malasia, Nigeria y Sudán pueden describirse en estos términos. En algunos casos las primeras olas de movilización pueden no haber llevado el sistema territorial al borde de la ruptura, pero sí haber dejado una herencia insuperable de conflicto territorial-cultural: las oposiciones catalano-vasco-castellanas en España, el conflicto entre flamencos y valones en Bélgica, y la división inglés-francés en Canadá. Las condiciones para la suavización o el endurecimiento de estas líneas de división en Estados plenamente movilizados apenas han sido estudiadas. Las múltiples divisiones étnico-religiosas de Suiza y los conflictos lingüísticos de Finlandia y Noruega han resultado mucho más manejables que el conflicto recientemente agravado entre flamencos y francófonos en Bélgica, y entre Quebec y las provincias angloparlantes de Canadá.

Para abordar esas variaciones, es evidente que no podemos actuar división por división sino que debemos analizar agrupaciones de líneas de conflicto en cada organización política.

Para abordar las variaciones de estos conjuntos nos ha parecido fructífero diferenciar cuatro líneas de división críticas (fig. 10.3).

Dos de estas divisiones son producto directo de lo que podríamos llamar la Revolución nacional: el conflicto entre la cultura central que construye la nación y la resistencia creciente de las poblaciones sometidas de las provincias y las periferias, étnica, lingüística o religiosamente diferenciadas (1 en figura 10.3), el conflicto entre el Estado-na-

24. La diferencia entre «vinculación primordial» a los «elementos dados» de la existencia social (contigüidad, parentesco, lenguas locales y costumbres religiosas, todo en nuestro polo *l*) e «identificación nacional» (nuestro polo *o*) la ha descrito con gran inteligencia Clifford Geertz en «The Integrative Revolution», en C. Geertz, ed., *Old Societies and New States*, The Free Press, Nueva York, 1963, pp. 105-157; véase Edward Shils, «Primordial, Personal, Sacred and Civil Ties», *Brit. J. Sociol.*, 7, 1957, pp. 130-145.

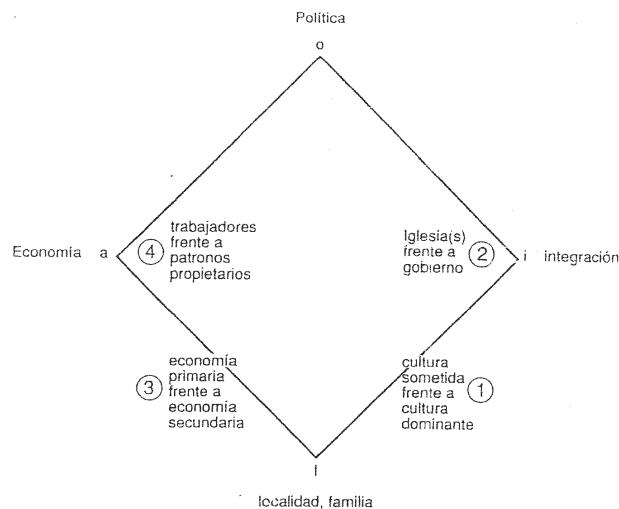


FIG. 10.3. Localizaciones propuestas de cuatro divisiones críticas en el paradigma a—o—i—l.

ción centralizante, regularizador y movilizador, y los privilegios corporativos históricamente establecidos de la Iglesia (2).

Dos de ellas son producto de la Revolución industrial: el conflicto entre los intereses terratenientes y la clase emergente de empresarios industriales (3) y el conflicto entre propietarios y patronos por un lado y arrendatarios, jornaleros y obreros por el otro (4).

Gran parte de la historia de Europa, desde principios del siglo XIX, puede describirse en función de la interacción entre estos dos procesos de cambio revolucionario: uno desencadenado en Francia y otro originado en Gran Bretaña. Ambos tuvieron consecuencias para la estructura de división de cada nación, pero el que produjo las oposiciones más enconadas y profundas fue la Revolución francesa. La batalla decisiva terminó por enfrentar las aspiraciones del Estado-nación movilizador con las pretensiones corporativas de las Iglesias. Esto era mucho más que una cuestión de economía. No hay duda de que el estatus de las propiedades de la Iglesia y la financiación de las actividades religiosas eran temas de polémica violenta, pero la cuestión fundamental era un problema de moral, de control de las normas de la comunidad. Esto se reflejó en luchas en torno a cuestiones como la solemnización del matrimonio y la concesión de divorcios, la organización de obras de caridad y el tratamiento de las desviaciones, las funciones de los funcionarios médicos frente a los religiosos y la organización de los funerales. Sin embargo, el enfrentamiento fundamental entre la Iglesia y el Estado se centró en el control de la educación.

La Iglesia, tanto la católica romana como la luterana o la reformada, llevaba siglos

afirmando su derecho a representar el «estado espiritual» del hombre y a controlar la educación de los niños en la fe verdadera. En los países luteranos ya se tomaron medidas en el siglo XVII para impartir la enseñanza elemental en lengua vernácula a todos los niños. Las Iglesias nacionales oficiales se convirtieron simplemente en agentes del Estado y no tenían ninguna razón para oponerse a esas medidas. Pero en los países religiosamente mixtos y en los puramente católicos las ideas de la Revolución francesa dividieron profundamente a la población. La institución de la enseñanza obligatoria bajo control laico centralizado para todos los niños de la nación chocó directamente con los derechos establecidos de los *pouvoirs intermédiaires* religiosos y provocó oleadas de movilizaciones de masas, mediante partidos de protesta de ámbito nacional. Para los radicales y liberales inspirados por la Revolución, la instauración de la enseñanza obligatoria sólo era una más de las diversas medidas que formaban parte de un esfuerzo sistemático para crear vínculos directos de influencia y control entre el Estado-nación y el ciudadano individual, pero su pretensión de acceder directamente a los niños sin consultar a los padres y a sus autoridades espirituales provocó una oposición generalizada y agrios enfrentamientos.²⁵

Los partidos de defensa de la religión nacidos en este proceso se convirtieron en amplios movimientos de masas luego de la adopción del sufragio masculino y pudieron lograr la adhesión de una proporción bastante elevada de miembros religiosos practicantes de la clase obrera. Evidentemente, esta proporción aumentó aún más cuando se amplió el sufragio a las mujeres en condiciones de igualdad con los hombres. A través de un proceso muy similar al que habría que describir para referirse a los partidos socialistas, estos movimientos religiosos tendieron a aislar a sus seguidores de la influencia exterior a través de la creación de una amplia variedad de organizaciones y organismos paralelos: no sólo construyeron escuelas y organizaron movimientos juveniles propios, sino que también crearon sindicatos confesionales diferenciados, clubes deportivos, asociaciones para el tiempo de ocio, editoriales, revistas, periódicos, y en uno o dos casos hasta emisoras de radio y de televisión.²⁶

Quizás el mejor ejemplo de segmentación institucionalizada sea el que encontramos en Holanda; de hecho, la palabra holandesa *Verzuiling* se ha convertido recientemente en un término acuñado para designar la tendencia a la formación de redes verticales (*zuilen*, columnas o pilares) de asociaciones e instituciones con el fin de garantizar la máxima lealtad a cada Iglesia y para proteger a los fieles de comunicaciones y presiones contrarias. La sociedad holandesa ha estado dividida durante casi un siglo en tres subculturas

25. Hay un análisis de etapas en la ampliación de derechos y deberes ciudadanos a todos los adultos responsables en S. Rokkan «Mass Suffrage, Secret Voting and Political Participation», *Arch. Eur. de Sociol.*, 2, 1961, pp. 132-152, y en el capítulo de R. Bendix y S. Rokkan, «The Extension of Citizenship to the Lower Classes», en R. Bendix, *Nation-Building and Citizenship*, Wiley, Nueva York, 1964. Hay un examen de la política de los procesos educativos en R. Ulrich, *The Education of Nations*, Harvard University Press, Cambridge, 1961.

26. Esto no era, desde luego, una peculiaridad de países católicos-calvinistas; puede apreciarse en una serie de Estados con minorías étnicas geográficamente dispersas aunque localmente segregadas. Hay un agudo análisis de un fenómeno similar acaecido en Rusia, en C. E. Woodhouse, en H. J. Tobias, «Primordial Ties and Political Process in Pre-Revolutionary Russia: The Case of the Jewish Bund», *Comp. Stud. Soc. Hist.*, 8, 1966, pp. 331-360.

diferenciadas: la nacional-liberal-secular, frecuentemente denominada la *algemene*, el sector «general»; la columna protestante ortodoxa y la columna católica.²⁷

La columna protestante ortodoxa se formó a través de una serie de violentos conflictos en torno a temas doctrinales dentro de la Iglesia nacional oficial. La *Nederlands Hervormde Kerk* se vio sometida a una gran presión en las décadas que siguieron a la Revolución francesa y a las convulsiones napoleónicas. Con la propagación del secularismo y del racionalismo, los fundamentalistas fueron quedando reducidos progresivamente a una posición minoritaria, tanto en la Iglesia como en el campo de la enseñanza. En principio, las protestas ortodoxas contra estos procesos se limitaron a movimientos evangélicos intelectuales dentro del orden establecido y a una secesión aislacionista de elementos pietistas de clase baja en la separación (*Afscheiding*) de 1843. Pero, a partir de la década de 1860, el movimiento alcanzó un gran impulso bajo la inspiración organizadora de Abraham Kuyper. Este clérigo fundamentalista organizó en 1872 la Liga Contra la Ley de Escolarización, y en 1879, logró unir a una serie de grupos ortodoxos en un partido dirigido explícitamente contra las ideas de la Revolución francesa, el partido *antirrevolucionario*. Pero este vigoroso movimiento de masas pronto se escindió por cuestiones doctrinales y de identificación cultural. Kuyper sacó a sus seguidores de la Iglesia madre en 1886 y defendió el derecho del *Kerkvolk*, los cristianos calvinistas devotos, a crear una comunidad cultural propia, sin ningún vínculo con el Estado ni con la nación. El propio extremismo de esta posición, contraria al orden establecido, produjo varios movimientos de signo contrario dentro del *Hervormde Kerk*. Grupos importantes de calvinistas ortodoxos no quisieron dejar la Iglesia madre sino que prefirieron reformarla desde dentro; preferían un *Volkskerk* amplio en vez de un *Kerkvolk* aislado. El choque entre estas dos concepciones de la comunidad cristiana condujo a la escisión del partido *antirrevolucionario* en 1894 y a la formación de un segundo partido calvinista, la *Unión Histórica Cristiana*, que se consolidó oficialmente en 1908. Estos dos partidos se convirtieron en las organizaciones básicas de las dos alas del frente protestante ortodoxo en la sociedad holandesa; la fuerza básica de los antirrevolucionarios procedía del *Gereformeerden*, tanto de Iglesias disidentes independientes como de congregaciones *Hervormde* controladas por eclesiásticos del mismo credo; el apoyo a los cristianos históricos procedía casi exclusivamente de otros sectores ortodoxos *internos* de la Iglesia madre.

La minoría católica romana había considerado en principio ventajoso para ella trabajar dentro de la mayoría liberal, pero a partir de los años sesenta inició la formación de organizaciones políticas y sociales diferenciadas. Pero fue un proceso lento; la primera

27. Hay estadísticas detalladas en J. P. Kruijt, *Verzuiling*, Heijnis, Zaandijk, 1959, y en J. P. Kruijt y W. Godijn, «Verzuiling en ontzuiling als sociologisch proces» en A. J. den Hollander y otros, eds., *Drift en Koers*, Van Gorcum, Assen, 1962, pp. 227-263. Hay un intento de interpretación más amplia del *Verzuiling* y sus consecuencias para la teoría de la democracia en Arend Lijphart, *The Politics of Accommodation: Pluralism and Democracy in the Netherlands*, manuscrito, 1967. Hay interpretaciones comparativas de datos sobre segmentación religiosa en David O. Moberg, «Religion and Society in the Netherlands and in America», *Am. Quart.*, 13, 1961, pp. 172-178 y en G. Lenski, *The Religious Factor*, edición revisada; Coubleday Anchor Books, Garden City, 1963, pp. 359-366; véase también J. Mathes, ed., *Religiöser Pluralismus und Gesellschaftsstruktur*, Westdeutscher Verlag, Colonia, 1965.

federación de asociaciones de votantes católicos no se creó hasta 1904 y no se fundó un partido nacional con una organización oficial hasta los años veinte.²⁸

Tanto los movimientos protestantes como los católicos acabaron por formar grandes redes de asociaciones e instituciones para sus miembros y pudieron crear bases de apoyo de notable estabilidad incluso en la clase obrera. Un estudio a escala nacional, realizado en 1956,²⁹ muestra claramente la importancia de las lealtades religiosas en la elección política dentro del sistema holandés.

CUADRO 10.1. *Credo, asistencia a la iglesia y elección de partido en Holanda. Datos correspondientes a 1956*

Credo	Ninguno		Hervormd		Gereformeerden		Católico	
	Asistencia:	Sí	No	Sí	No	Sí	No	
<i>Partido:</i>								
KPN (comunistas)	7 %	-	-	-	-	-	-	-
PvdA (socialistas)	75 %	22 %	51 %	2 %	27 %	3 %	30 %	-
VVD (liberales)	11 %	7 %	18 %	-	-	-	-	9 %
Histórico cristiano	-	45 %	19 %	3 %	-	-	-	-
Antirrevolucionario	-	17 %	6 %	90 %	63 %	-	-	-
Calvinista extremista	-	3 %	1 %	5 %	-	-	-	6 %
KVP (católicos)	1 %	-	-	-	-	94 %	52 %	-
Otros	6 %	4 %	3 %	4 %	5 %	2 %	3 %	-
N = 100%	(218)	(134)	(236)	(101)	(22)	(329)	(33)	

Donde se encuentra una segmentación más completa es dentro de los movimientos minoritarios activos e intransigentes: los *Gereformeerden*, los *Hervormden* religiosamente activos y los católicos.

Los miembros pasivos de la Iglesia nacional tradicional y los *onkerkelijken* tienden a alinearse más por razones de clase que de credo religioso; éste fue durante mucho tiempo el único sector del electorado holandés en el que hubo un entrecruzamiento efectivo de influencias.

Si nos atenemos a nuestro paradigma, los católicos y los protestantes ortodoxos forman frentes políticos cerca del extremo *i* del eje cruzado (*cross-local*). Si las tres subculturas hubiesen alzado barreras tan fuertes entre ellas es muy posible que pudiese haber estallado el sistema, de la misma forma que lo hizo el Estado austriaco en 1934. El nivel más bajo de *Verzuiling* en el sector «nacional» y las mayores posibilidades de ne-

28. Hay exposiciones generales de la formación de las oposiciones de partidos y de política segmentada en Holanda, en H. Daalder, «Parties and Politics in the Netherlands», *Pol. Studies*, 3, 1955, pp. 1-16, y en su capítulo en R. A. Dahl, ed., *Political Oppositions in Western Democracies*, Yale Univ. Press, New Haven, 1966. Hay antecedentes y cronologías de partidos en H. Daalder, «Nederland: het politieke stelsel», en L. van der Land, ed., *Repertorium van de Sociale Wetenschappen*, I, Elsevier, Amsterdam, 1958, pp. 213-238.

29. Citado en S. M. Lipset, *Political Man*, op. cit., p. 258; hay análisis más detallados de una muestra de un suburbio de Ámsterdam en L. van der Land, y otros, *Kiezer en verkiezing*, Nederlandse Kring voor Wetenschap der Politiek, Ámsterdam, 1963, mimeografiado. Hay análisis de una encuesta a escala nacional de 1964 en Lijphart, op. cit., cap. II.

gociación y acuerdo en un sistema triangular de oposición puede explicar en gran medida el funcionamiento positivo del pluralismo corporativo en el Estado holandés.

El análisis de los datos holandeses sobre las tres subculturas ha intentado establecer indicadores de *cambios a lo largo del tiempo* en el grado de aislamiento de cada uno de los segmentos verticales: utilizan el término *Ontzuiling* para disminuciones en la caracterización de cada sector y *Verzuiling* para los aumentos.³⁰ En nuestro paradigma éstos corresponden a movimientos a lo largo del eje *a-i*: cuanto más *ontzuild* es una oposición determinada, más entrecruzamientos de pertenencias múltiples hay en el sistema y, en general, menos intolerancia y desconfianza hacia los ciudadanos situados en el «otro» lado; cuanto más *verzuild* es la oposición, menos presiones cruzadas hay y menos frecuentes son las lealtades por encima de las divisiones. En un sistema altamente *ontzuild* hay *baja cristalización de lealtad*; la mayoría de los participantes tienden a estar vinculados a organizaciones y entornos que les exponen a presiones políticas *divergentes*. Por el contrario, en un sistema altamente *verzuild* hay *alta cristalización de lealtad*; la mayoría de los participantes tiende a estar expuesta a mensajes y esfuerzos persuasivos en la misma dirección general en *todos* sus entornos «24 horas-7 días».³¹

Esta dimensión atravesía todo el campo de divisiones funcionales de nuestro paradigma, sean económicas, sociales o religiosas. La representación simétrica de las cuatro líneas de división básicas de la figura 10.3 sólo se refiere a *tendencias medias* y no excluye amplias variaciones de ubicación a lo largo del eje *a-i*. Los conflictos en torno a la integración cívica de culturas regionales recalcitrantes (1) y organizaciones religiosas (2) no tienen por qué desembocar siempre en *Verzuiling*. Un análisis de las discrepancias entre Suiza y Holanda nos explicará muchas cosas sobre las diferencias en las condiciones para el desarrollo del aislamiento pluralista. Los conflictos entre los productores primarios y los intereses urbano-industriales han tendido *normalmente* hacia el polo *a* del eje. Pero hay varios ejemplos de oposiciones campesinas, sumamente ideologizadas, a funcionarios y burgueses. Los conflictos entre obreros y patronos han incluido siempre elementos de negociación económica, pero también ha habido con frecuencia elementos fuertes de oposición cultural y de aislamiento ideológico. Los partidos obreros en la oposición, carentes de poder, han tendido a ser más *verzuild*, a estar más envueltos en su propia mitología distinta, más aislados frente al resto de la sociedad. Por el contrario, los partidos obreros victoriosos han tendido a hacerse *ontzuild*, a domesticarse, a hacerse más receptivos a la influencia de todos los sectores de la sociedad nacional.

Se producirán variaciones similares en una amplia serie de cuestiones en el eje *territorial* de nuestro esquema. En el análisis inicial del polo *l* dábamos ejemplos de resistencias *culturales y religiosas* al dominio de la élite nacional central, pero esas oposiciones no siempre son *puramente territoriales*. Los movimientos pueden ser absolutamente dominantes en sus bastiones provinciales, pero también pueden encontrar aliados en las

30. Kruijt y Goddijn, *op. cit.*

31. El concepto de «cristalización de pertenencias» lo formuló por analogía con el concepto de cristalización de estatus Gerhard Lenski en «Social Participation and Status Crystallization», *Amer. Sociol. Rev.*, 21, 1956, pp. 458-464; véase Erik Allardt, «Community Activity, Leisure Use and Social Structure», y Ulf Himmelstrand, «A Theoretical and Empirical Approach to Depoliticization and Political Involvement», ambos en S. Rokkan, ed., *Approaches to the Study of Political Participation*, Chr. Michelsen Institute, Bergen, 1962, pp. 67-110.

(EV PAP)

(CS IMP)

zonas centrales y contribuir así al desarrollo de frentes *que enlacen el ámbito local y el regional*.

El espectacular crecimiento del comercio mundial y de la producción industrial generó tensiones crecientes entre los productores primarios del campo y los comerciantes y empresarios de los pueblos y de las ciudades. En el continente, los intereses contrapuestos de las zonas rurales y urbanas habían hallado expresión, desde la Edad Media, en la representación por separado de los estamentos: la nobleza, y en casos excepcionales los campesinos que tenían la libre propiedad de sus tierras, hablaban en nombre de los intereses agrícolas; mientras que los burgueses lo hacían en nombre de las ciudades. La revolución industrial profundizó estos conflictos y produjo alineamientos definidos según el eje rural-urbano en los órganos legislativos nacionales de todos los países. Las viejas divisiones entre estamentos se trasladaron, a menudo inmediatamente, a los parlamentos unicameralistas y hallaron expresión en oposiciones entre partidos conservadores-agrarios y liberales-radicales. Los conflictos entre intereses rurales y urbanos han sido mucho menos acusados en Gran Bretaña que en el continente. La Cámara de los Comunes no era una asamblea del estamento burgués sino un cuerpo de legisladores que representaba a las localidades del reino con derecho a voto, los condados y los municipios.³² Pero la revolución industrial produjo, incluso allí, divisiones profundas y enconadas entre los intereses agrarios y los urbanos. En Inglaterra, aunque no en Gales ni en Escocia, la oposición entre conservadores y liberales se alimentó principalmente de estas tensiones hasta la década de 1880.³³

Había un importante componente de carácter económico en estas oposiciones, pero lo que las hizo tan profundas fue la lucha por el mantenimiento del estatus adquirido y el reconocimiento del éxito. En Inglaterra, la élite terrateniente regía el país, y la clase de empresarios industriales en ascenso, muchos de ellos religiosamente enfrentados a la Iglesia oficial, se alineó durante décadas en la oposición, tanto para defender sus intereses económicos como para afirmar su derecho a un determinado estatus. Según el historiador George Kitson Clark,³⁴ sería un error pensar en la agricultura «como una industria organizada como cualquier otra industria: primordialmente con el fin de una producción eficiente. Estaba... organizada más bien para garantizar la supervivencia intacta de una casta». Los propietarios de las grandes fincas no eran sólo hombres muy ricos, cuyo capital estaba simplemente invertido en la tierra, eran más bien los detentadores vitales de posiciones muy considerables que tenían el deber de dejar intactas a sus sucesores. En cierto modo era la finca lo que importaba y no el propietario de la finca...». El conflicto

32. Hay un análisis comparado especialmente interesante de diferencias en la organización de asambleas estamentarias en Otto Hintze, «Typologie der Ständischen Verfassung des Abendlandes», *Hist. Zs.*, 141, 1930, pp. 229-248; F. Hartung y R. Mousnier, «Quelques problèmes concernant la monarchie absolue», *Relazioni X Congr. Int. Sci. Storiche*, IV, Florencia, 1955; y R. R. Palmer, *The Age of Democratic Revolution: The Challenge*, Princeton Univ. Press, Princeton, 1959, cap. II.

33. La cuestión crítica entre los dos sectores de la economía se refería al comercio internacional: ¿debía protegerse la agricultura doméstica del grano más barato de ultramar, o debía apoyarse a la industria manufacturera mediante el suministro de alimento más barato para sus trabajadores? Hay un análisis comparado de la política de aranceles del trigo en Alexander Gerschenkron, *Bread and Democracy in Germany*, Univ. of California Press, Berkeley, 1943.

34. *The Making of Victorian England*, Methuen, Londres, 1962, p. 218, la bastardilla es nuestra. Hay un tratamiento más amplio en F. M. L. Thompson, *English Landed Society in the Nineteenth Century*, Routledge, Londres, 1963.

entre conservadores y liberales reflejaba una oposición entre dos orientaciones valorativas: el reconocimiento del estatus a través de *adscripción y relaciones de parentesco* frente a las demandas de estatus a través del *éxito y del espíritu emprendedor*.

Se trata de tensiones típicas de todas las sociedades de transición; tienden a ser especialmente fuertes en las primeras etapas de industrialización y a suavizarse cuando la élite en ascenso se asienta en la comunidad. En Inglaterra, este proceso de conciliación se produce con mucha rapidez. En una sociedad abierta a una amplia movilidad y a matrimonios mixtos, la riqueza urbana e industrial pudo convertirse en reconocimiento pleno dentro de la jerarquía tradicional de las familias terratenientes. Fueron produciéndose más y más fusiones entre los intereses agrícolas y los de los negocios, y esta consolidación de la élite nacional pronto modificó el carácter del conflicto conservadores-liberales. Como ha demostrado James Cornford a través de sus detallados estudios ecológicos, el movimiento de los propietarios de negocios hacia el campo y las zonas residenciales les divorció de sus obreros y les condujo a relaciones estrechas con la aristocracia terrateniente. El resultado fue que se suavizó el conflicto urbano-rural del sistema y se produjo una acelerada polarización clasista en el electorado ampliado.³⁵

Hubo una *aproximación* similar entre los intereses agrícolas del este del Elba y la burguesía de los negocios del oeste de Alemania, pero en este caso, significativamente, la masa principal de los liberales se alineó con los conservadores y no intentó atraer a su lado al electorado obrero como hizo el partido británico durante el período que va hasta la primera guerra mundial. El resultado fue que se profundizó la escisión entre burgueses y obreros y hubo una serie de tentativas desesperadas de superarla mediante llamadas a valores nacionales y militares.³⁶

En otros países del continente europeo la división rural-urbana siguió afirmándose en la política nacional hasta bien entrado el siglo XX, pero las expresiones políticas de esa división variaron ampliamente. Dependía mucho de las concentraciones de riqueza y de control político en las ciudades y de la estructura de propiedad en la economía rural. En Holanda, Francia, Italia y España, las divisiones rural-urbanas hallaron raras veces expresión directa en la formación de oposiciones de partidos. Ejercieron más influencia en el alineamiento del electorado otras divisiones, sobre todo las producidas entre el Estado y las Iglesias y entre propietarios y arrendatarios. En los cinco países nórdicos, por el contrario, las ciudades habían dominado tradicionalmente la vida política nacional y la lucha por la democracia y el gobierno parlamentario se inició a través de un amplio proceso de movilización dentro del campesinado.³⁷ Fue esencialmente una expresión de pro-

35. James Cornford, «The Transformation of Conservatism in the Late 19th Century», *Victorian Studies*, 7, 1963, pp. 35-66.

36. Sobre las tentativas fracasadas de los liberales progresistas de ampliar su base obrera, véase en especial Thomas Niperdey, *Die Organisation der deutschen Parteien vor 1918*, Droste, Düsseldorf, 1963, pp. 187-192, y W. Link «Das Nationalverein für das liberale Deutschland», *Pol. Vierteljahreschr.*, 5, 1964, pp. 422-444. Sobre el «Nacionalismo Plebiscitario» de Friedrich Naumann y Max Weber, véase Theodor Heuss, *Friedrich Naumann*, Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart, 1957; W. Mommsen, *Max Weber und die deutsche Politik 1890-1920*, Mohr, Tübinga, 1959 y los trabajos del congreso del centenario de Weber en Heidelberg que se incluyen en O. Stammer, ed., *Max Weber und die Soziologie heute*, Mohr, Tübinga, 1965.

37. Hay una exposición detallada de los antecedentes de estos procesos en Bryn J. Hovde, *The Scandinavian Countries 1720-1865*, Cornell Univ. Press, Ithaca, 1948, sobre todo los caps. VIII-IX y XIII.

testa contra la élite central de funcionarios y patricios (una división sobre el eje *l-o* de nuestro modelo), pero había otros elementos de oposición económica en el movimiento: los campesinos se sentían explotados por las gentes de las ciudades y querían trasladar las cargas fiscales a las economías urbanas en expansión. Estas divisiones económicas fueron haciéndose más pronunciadas a medida que las comunidades de producción privada se incorporaron a la economía monetaria y de mercado nacional. El resultado fue que se formó un amplio frente de cooperativas y organizaciones de intereses y se crearon partidos agrarios diferenciados. A estos partidos agrarios no les fue posible crear frentes comunes con los conservadores que defendían a la comunidad de los negocios ni siquiera después de que surgiesen partidos obreros que aspiraban a dominar el ámbito nacional. Los contrastes culturales entre el campo y las ciudades aún eran fuertes, y los rigurosos controles de mercado favorecidos por los partidos agrarios no podían conciliarse fácilmente con la filosofía de la libre competencia que profesaban muchos conservadores.

El conflicto entre intereses rurales y urbanos se centró en el mercado de *productos*. Los campesinos querían vender los suyos a los mejores precios posibles, y comprar lo que necesitaban a los productores industriales y urbanos a bajo costo. Estos conflictos no desembocaron invariablemente en la formación de partidos. Podían abordarse dentro de frentes partidistas amplios o canalizarse a través de organizaciones de intereses con ámbitos más estrechos de negociación y representación funcional. Sólo surgieron partidos diferenciadamente agrarios donde las oposiciones culturales fuertes habían profundizado los conflictos estrictamente económicos.

Los conflictos en el mercado de *trabajo* resultaron mucho más uniformemente divisorios. Surgieron partidos obreros en todos los países de Europa a partir de los primeros avances de la industrialización. Las crecientes masas de asalariados en la agricultura a gran escala, en las actividades forestales o en la industria estaban descontentas por sus condiciones de trabajo y por la inseguridad de sus contratos, y muchos de ellos se sentían social y culturalmente distintos de los propietarios y los patronos. El resultado fue que se formó una diversidad de sindicatos y se crearon partidos socialistas de ámbito nacional. El éxito de estos movimientos dependió de una variedad de factores: la fuerza de las tradiciones paternalistas de reconocimiento del estatus del trabajador, el tamaño de la unidad de trabajo y los vínculos locales de los trabajadores, el nivel de prosperidad y la estabilidad del empleo en la industria concreta, y las posibilidades de mejoras y ascensos por diligencia y lealtad o por la instrucción y el éxito.

Un factor crucial en la formación de un movimiento obrero diferenciado fue el grado de *apertura* de la sociedad: ¿Era el estatus del obrero una condición vitalicia o había posibilidades de promoción? ¿Era fácil conseguir una instrucción que permitiese al individuo cambiar de estatus? ¿Qué posibilidades había de que uno se estableciese por su cuenta, de crear unidades de trabajo independientes? Las diferencias de este proceso en Europa y los Estados Unidos deben analizarse claramente en estos términos; los obreros norteamericanos no sólo tuvieron el derecho al voto mucho antes que sus camaradas de Europa, sino que pudieron incorporarse al sistema nacional con mucha más facilidad debido a la mayor insistencia en la igualdad y el éxito, a las muchas posibilidades de mejor instrucción y, por último, pero no por ello menos importante, porque los trabajadores

establecidos podían alcanzar mejores posiciones porque nuevas oleadas de inmigrantes asumían las tareas de los estatus más bajos.³⁸ Actualmente se está produciendo un proceso similar en los países avanzados de Europa occidental. Los proletarios inmigrantes de los países mediterráneos y del Caribe permiten pasar a la clase media a los hijos de la clase obrera nacional establecida, y estas nuevas oleadas tienden a eliminar fuentes tradicionales de resentimiento.

En la Europa del siglo XIX y principios del XX las barreras de estatus eran notoriamente más altas. La tradición de la sociedad dividida en estamentos mantenía a los obreros en su sitio, y la estrechez de los canales educativos de movilidad hacia también que a sus hijos e hijas les resultase difícil subir por encima de sus padres. Había, sin embargo, variaciones importantes entre los países de Europa en la actitud de las élites establecidas y en ascenso hacia las demandas de los obreros, y estas diferencias influyeron claramente en la evolución de los sindicatos y de los partidos socialistas. En Gran Bretaña y en los países escandinavos las élites tendieron a ser abiertas y pragmáticas. Hubo, como en el resto de los países, una resistencia activa a las reclamaciones de los obreros pero poca o ninguna represión directa. Éstos son hoy los países con los mayores partidos obreros y más domesticados de Europa. En Alemania y Austria, Francia, Italia y España, las divisiones fueron mucho más profundas. Hubo muchas tentativas de reprimir a los sindicatos y a los socialistas y, debido a ello, las asociaciones obreras tendieron a aislar de la cultura nacional y a formar *soziale Ghettoparteien*,³⁹ movimientos fuertemente ideológicos que pretendían aislar a sus miembros y simpatizantes de las influencias de la atmósfera social del entorno. Estos partidos estaban, volviendo a nuestro paradigma, tan cerca del polo *i* como sus adversarios del campo religioso. Esta orientación «antisistema» de grandes sectores de la clase obrera europea alcanzó su punto álgido después de la Revolución rusa. El movimiento comunista no sólo hablaba en nombre del estrato marginalizado de la comunidad territorial, sino que se lo consideró una conspiración externa contra la nación. Estos procesos llevaron a una serie de países europeos al borde de la guerra civil en los años veinte y treinta. Cuanto mayor era el número de ciudadanos atrapados en estas oposiciones mutuas directas «amigo-enemigo», mayor era el peligro de ruptura total del cuerpo político.

Desarrollos posteriores a la segunda guerra mundial han conducido a una disminución de estas oposiciones encarnizadas y a cierta suavización de las tensiones ideológicas: un desplazamiento del polo *i* hacia el polo *a* de nuestro paradigma.⁴⁰ Una diversidad de factores contribuyó a este proceso: la experiencia de cooperación nacional durante la guerra, las mejoras del nivel de vida en los años cincuenta, el rápido crecimiento de una

38. Véase S. M. Lipset, *The First New Nation*, op.cit., caps. 5, 6 y 7.

39. Ésta es la frase que utiliza Ernes Fraenkel, «Parlament und öffentliche Meinung», en *Zur Geschichte und Problematik der Demokratie: Festgabe für H. Herzfeld*, Duncker & Humblot, Berlín, 1958, p. 178. Hay más detalles sobre los procesos alemanes en el reciente estudio de Günther Roth, *The Social Democrats in Imperial Germany*, Bedminster Press, Totowa, 1963, caps. 7-10.

40. Uno de los primeros analistas políticos que llamó la atención sobre estos procesos fue Herbert Tingsten, entonces director jefe del importante periódico sueco *Dagens Nyheter*; véase su autobiografía, *Mit Liv: Tidningen*, Norstedts, Estocolmo, 1963, pp. 224-231. Hay más detalles en S. M. Lipset, «The Changing Class Structure and Contemporary European Politics», *Daedalus*, 93, 1964, pp. 271-303.

«nueva clase media» que hacía de puente entre la clase obrera tradicional y la burguesía. Pero el factor más importante posiblemente fuese el asentamiento de los partidos obreros en estructuras de gobierno locales y nacionales, y su consiguiente «domesticación» dentro del sistema establecido.

se logró institucionalizar el conflicto latente

DIVISIONES EN ESTADOS PLENAMENTE MOVILIZADOS

Las cuatro divisiones críticas descritas de acuerdo con nuestro paradigma eran movimientos de protesta contra la élite nacional establecida y sus pautas culturales, y formaban parte de una amplia oleada de emancipación y movilización. En Estados-nación plenamente movilizados se han producido tipos completamente distintos de alineamientos de protesta. En éstos el foco de protesta no ha sido ya la cultura central tradicional sino las redes crecientes de nuevas élites, como los dirigentes de las nuevas y grandes burocracias de la industria y el gobierno, aquellos que controlan los diversos sectores de la industria de las comunicaciones, los jefes de organizaciones de masas y, en algunos países, los dirigentes de grupos religiosos o étnicos minoritarios anteriormente débiles o de bajo estatus, etc. La protesta contra estas nuevas élites y las instituciones que las apoyan ha adoptado con frecuencia forma «antisistema» aunque la ideología haya variado de un país a otro: fascismo en Italia, nacionalsocialismo en Alemania, poujadismo en Francia, «derechismo radical» en los Estados Unidos. En nuestro paradigma estos movimientos de protesta cortarían el eje territorial muy cerca del extremo *o*; el conflicto no es ya entre las unidades territoriales que constituyen la nación, sino entre distintas concepciones de la constitución y la organización del Estado nacional. Todos ellos han sido movimientos *nacionalistas*: no sólo aceptan, sino que veneran la nación históricamente dada y su cultura, pero rechazan el sistema de toma de decisiones y de control constituido a través del proceso de negociación y movilización democrática. Su objetivo no es simplemente obtener reconocimiento para un grupo concreto de intereses dentro de un sistema pluralista de toma y daca, sino sustituir este sistema por procedimientos de distribución más autoritarios.

veneran
la Nación
pero rechazan
el sistema
de toma y daca
que
sustituir este sistema por procedimientos de distribución más autoritarios.

Todos expresan, de un modo u otro, convicciones profundamente sentidas sobre el destino y la misión de la nación, algunas totalmente rudimentarias, otras sumamente sistematizadas; y todos pretenden crear redes de organizaciones para mantener a sus seguidores fieles a la causa. Quieren *Verzuiling* pero desean que sólo haya una columna en la nación.

En consecuencia, en nuestro esquema *a-o-i-l* un movimiento *nacionalista* plenamente *verzuild* habría de emplazarse en la intersección *o-i*, fuera de lo que podríamos llamar el diamante de «política competitiva» (fig. 10.4).

En sus primeras variedades, estos movimientos *nacionalistas* reflejaban básicamente las reacciones de los estratos de clase baja de la cultura dominante contra las oleadas crecientes de movilización en las poblaciones sometidas. En la Austria de los Habsburgo el surgimiento de los pangermanos intransigentes recibió un impulso decisivo de la alianza entre las *Burschenschaften* universitarias y las asociaciones obreras *nacionalistas* de

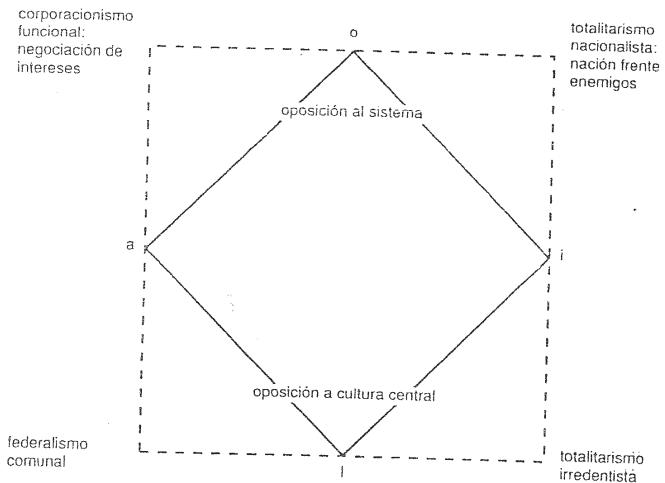


Fig. 10.4. Emplazamientos propuestos de cuatro «extremos» en el esquema a—o—i—l.

Schönerer; éstas obtenían básicamente su apoyo entre obreros y artesanos de habla alemana amenazados por la invasión de los checos en los nuevos centros industriales.⁴¹ La xenofobia de la clase obrera austriaca resultó contagiosa. Hay claros vínculos entre el primer nacionalismo obrero de los años ochenta y noventa y el movimiento nacionalsocialista después de la derrota de 1918.⁴² Hitler heredó su odio hacia los eslavos y los judíos de los nacionalsocialistas obreros austriacos. En nuestra terminología, el movimiento nacionalsocialista fue una alianza del extremo *o* del eje territorial-cultural, el equivalente en la cultura nacional dominante a una oposición *l* en cierta población sometida de la periferia.

Ha habido varias tentativas de determinar qué condiciones han de darse para que surjan esos conflictos en el extremo *o* del sistema político. Han influido sin duda las diferencias de continuidad y regularidad en la formación de la nación. Austria, Alemania, Francia, Italia, España y Estados Unidos han pasado por crisis de formación de la nación extremadamente dolorosas y tienen que enfrentarse aún a las herencias de conflictos que giran en torno a la integración nacional. Ralf Dahrendorf ha interpretado recientemente el ascenso del nacionalsocialismo como el salto final de Alemania hacia la modernización política. Destruyó las bolsas locales de aislamiento y estableció «*die traditionsfreie Gleichheit der Ausgangsstellung aller Menschen*», una sociedad orientada hacia el éxito, libre al fin de barreras de estatus difusas.⁴³ Los historiales estadísticos de una serie de movimientos «antisistema» de este tipo indican que obtuvieron sus mayores triunfos elec-

41. Véase Andrew G. Whiteside, *Austrian National Socialism before 1918*, Nijhoff, La Haya, 1962, y su artículo sobre Austria en T. Rogger y E. Weber, eds., *The European Right*, Weidenfeld, Londres, 1965, pp. 328-363.

42. Hay un análisis detallado de la «invención» austriaca del antisemitismo de masas en Peter Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, Wiley, Nueva York, 1964.

43. R. Dahrendorf, *Gesellschaft und Demokratie in Deutschland*, Piper, Munich, 1965, especialmente al cap. 26.

tales mediante llamadas al «kleine Mann», el «ciudadano unidad» amenazado por el asenso, dentro de un cuerpo político pluralista, de sociedades anónimas fuertes y complejas. El «hombre pequeño» se alineó no sólo contra los grandes intereses financieros, las grandes empresas y las burocracias asentadas sino también contra el poder de las Iglesias, 1932 y 1933, muestran indiscutiblemente que el empuje decisivo del apoyo popular a los nacionalsocialistas procedió de propietarios de explotaciones agrícolas de tamaño pequeño y medio, de artesanos, tenderos y otros ciudadanos independientes de los escalones más bajos de la clase media, la mayoría protestantes, que se oponían, de modo más o menos directo, a los carteles gigantes y a las redes financieras, a los sindicatos y a la formidable columna de organizaciones católicas que se agrupaban en torno al *Zentrum*.⁴⁴ Se han documentado alineamientos similares en Italia, Noruega, Francia y los Estados Unidos. Hay variaciones de contexto evidentes, pero los datos sugieren semejanzas importantes en las condiciones para el crecimiento de estos movimientos «antisistema».⁴⁵

Hemos llegado al final de una revisión sucinta de las divisiones características que se han producido en los Estados de Occidente durante las primeras fases de consolidación nacional y las fases posteriores de ampliación del sufragio y crecimiento organizativo. Hemos procedido por medio de ejemplos y no a través de una comparación evolutiva rigurosa. No nos proponíamos una exposición exhaustiva de diferencias y similitudes país por país, sino explorar las posibilidades de un sistema de clasificación elaborado a partir de conceptos básicos de la teoría sociológica actual. Esperamos continuar en esta dirección en otros marcos; aquí sólo hemos querido iniciar el análisis de estas posibilidades e indicar los nuevos medios para analizar la experiencia histórica de estos países tan diferentes.

Sean cuales sean los fallos de las aplicaciones empíricas, estamos convencidos de que el esquema parsoniano A-O-I-L puede proporcionar una serie de instrumentos analíticos de gran valor para comparar el desarrollo de sistemas políticos. Sin duda, en varios puntos nos hemos desviado de las interpretaciones habituales del modelo parsoniano, y quizás lo hayamos forzado al convertirlo en un sistema de coordenadas bidimensional.

44. Sobre el apoyo electoral al NSDAP véase sobre todo Sten S. Nilson, «Wahlsoziologische Probleme des Nationalsozialismus», ZS. *Ges Staatswiss.*, 110, 1954, pp. 229-311; K. D. Bracher, *Die Auflösung der Weimarer Republik*, 3.ª ed., Ring-Verlag, Villingen, 1960, cap. VI, y Alfred Milatz, «Das Ende der Parteien in Spiegel der Wahlen 1930 bis 1933», en E. Matthias y R. Morsey, eds., *Das Ende der Parteien 1933*, Droste, Düsseldorf, 1960, pp. 741-793. Hay un resumen de datos de análisis electorales en S. M. Lipset, *Political Man*, op. cit., pp. 140-151. El mejor análisis de la fuerza rural del NSDAP sigue siendo el libro de Rudolf Heberle *From Democracy to Nazism*, Louisiana State Univ. Press, Baton Rouge, 1945. El manuscrito alemán de 1932, más completo, se ha editado recientemente con el título *Landbevölkerung und Nationalsozialismus*, Deutsche Verlagsanstalt, Stuttgart, 1963.

45. Estas similitudes de bases sociales y de actitudes hacia la autoridad nacional no entrañan necesariamente, como es lógico, similitudes en tácticas organizativas y en conducta concreta hacia los adversarios. Nada indica que todos estos movimientos se ajustasen al *ethos* fascista o nacionalsocialista en caso de triunfo. Hay un análisis de los datos correspondientes a Italia, Francia y los Estados Unidos en S. M. Lipset, *Political Man*, op. cit., cap. V, y también en «Radical Rightists of Three Decades, Coughlinites, McCarthyites and Birchers», en Daniel Bell, ed., *The Radical Right*, Doubleday, Nueva York, 1963, y «Beyond the Backlash», *Encounter*, 23 de noviembre de 1964, pp. 11-24. Sobre Noruega, Donald Smiley, «Canada's Poujadists: A New Look at Social Credit», *The Canadian Forum* 42, septiembre 1962, pp. 121-123. Los seguidores de este movimiento son antimetropolitanos y antiinstitucionalistas y proponen una política plebiscitaria pura contra los grupos de intereses organizados y las élites asentadas.

Para nosotros esto tiene una importancia secundaria. Nos hemos limitado a utilizar el esquema original como trampolín para intentar poner cierto orden en el análisis comparativo de los procesos de formación de la política de partidos. Sin duda, podríamos haber propuesto un paradigma muy similar sin recurrir al modelo básico parsoniano, pero creemos que la unificación de conceptualizaciones que agrupen varios sectores de la vida social tiene grandes ventajas intelectuales. El propio hecho de que el mismo esquema abstracto haya inspirado desarrollos analíticos en campos tan dispares como la familia, las profesiones, la religión y la política nos parece prometedor para el futuro.

La transformación de estructuras de división en los sistemas de partidos

CONDICIONES PARA LA CANALIZACIÓN DE LA OPOSICIÓN

Hasta ahora nos hemos centrado en el surgimiento de una división concreta y sólo esporádicamente nos hemos interesado por la aparición de sistemas de división y su traducción en conjuntos de partidos políticos. En el lenguaje de nuestro esquema nos hemos limitado al análisis de las diferenciaciones internas del cuadrante I y sólo hemos abordado implícitamente intercambios entre I y O, I y L, L y O. Pero las divisiones no se traducen en oposiciones de partidos de modo natural: hay consideraciones de estrategia organizativa y electoral; hay que tener en cuenta el peso de los beneficios de las alianzas frente a las pérdidas de las escisiones; y hay que contemplar la disminución progresiva del «mercado de movilización» por las secuencias temporales de esfuerzos organizativos. Entramos aquí en un sector de importancia crucial en la investigación y la teorización actuales, un sector verdaderamente fascinante que está pidiendo a gritos una investigación detallada y cooperación. Aún es necesario trabajar mucho en la tarea de volver a analizar los datos correspondientes a cada sistema nacional de partidos y, aún más, investigar las posibilidades de situar estos datos en un marco teórico más amplio. No podemos albergar la esperanza de abordar exhaustivamente estas posibilidades de comparación en este trabajo y nos limitaremos a analizar unos cuantos procesos característicos y a sugerir una tipología aproximada.

???

Cómo se convierte un conflicto sociocultural en oposición entre partidos? Para abordar una interpretación de las variaciones de esos procesos de conversión debemos examinar mucha información sobre las condiciones para la expresión de protesta y la representación de intereses en cada sociedad.

En primer lugar, debemos conocer las tradiciones de toma de decisiones del estado correspondiente: el predominio de procedimientos de conciliación frente a procedimientos autocráticos del gobierno central, las normas establecidas para la solución de agravios y protestas, las medidas adoptadas para controlar o proteger asociaciones políticas, la libertad de comunicación, y la organización de manifestaciones.⁴⁶

46. Hans Daalder, en un reciente estudio de los acontecimientos de Europa occidental, ha defendido este punto con mucho empeño. Es imposible entender la evolución, la estructura y el funcionamiento de los sistemas de partidos sin estudiar en qué medida existía competencia elitista *antes* de las revoluciones industrial y democrática. Daalder señala In-

CAÑALES
DE
EXPRESIÓN

INCENTIVOS
PARA
ALIANZAS

LÍMITES
AL
GOBIERNO

TRADICIÓN
DE
TOMA DE
DECISIONES

En segundo lugar, hemos de tener conocimiento de los canales para la expresión y movilización de protesta: ¿Había un sistema de representación y, en el caso que así fuera, hasta qué punto eran accesibles los representantes, quién tenía derecho a elegirlos y cómo se elegían? ¿Se expresaba en primer término el conflicto a través de manifestaciones directas, a través de huelgas, sabotajes o violencia manifiesta, o podía canalizarse a través de elecciones regulares y a través de presiones sobre representantes legítimamente establecidos?

En tercer lugar, necesitamos información sobre las oportunidades, los resultados y los costes de las alianzas en el sistema: ¿Hasta qué punto los antiguos movimientos se mostraban dispuestos o reacios a ensanchar sus bases de apoyo, y hasta qué punto era fácil o difícil que nuevos movimientos obtuviesen representación propia?

En cuarto y último lugar, debemos conocer las posibilidades, las consecuencias y las limitaciones del gobierno de la mayoría en el sistema: ¿Qué tipo de alianzas producirían, probablemente, el control por parte de la mayoría de los órganos de representación y qué grado de influencia podrían ejercer de hecho esas mayorías en la estructuración básica de las instituciones y las distribuciones dentro del sistema?

LOS CUATRO UMBRALES

Esta serie de cuestiones sugiere una secuencia de umbrales en el camino de cualquier movimiento que pretenda plantear nuevas exigencias dentro de un sistema político.

Primer, el umbral de legitimación: ¿Se rechazan todas las protestas como conspiratorias, o hay cierto reconocimiento del derecho de petición, crítica y oposición?

Segundo, el umbral de incorporación: ¿Se niega a todos o a la mayoría de los que apoyan el movimiento el estatus de participantes en la elección de representantes, o se les otorgan los mismos derechos de ciudadanía política que a sus adversarios?

Tercero, el umbral de representación: ¿Debe el nuevo movimiento incorporarse a movimientos mayores y más antiguos para acceder a órganos representativos o puede obtener representación propia?

Cuarto, el umbral de poder de la mayoría: En el sistema, ¿hay frenos y fuerzas contrarias incorporados contra el gobierno de la mayoría numérica o la victoria de un partido o coalición en las urnas le otorgará poder para introducir cambios estructurales importantes en el sistema nacional?

Esto nos da una tosca tipología de cuatro variables de condiciones para la formación de sistemas de partidos.

Empíricamente, los cambios en uno de estos umbrales generaron tarde o temprano presiones para cambiar otros, pero hubo variaciones en las secuencias de los cambios. No

glatera, Holanda, Suiza y Suecia como los países con tradiciones más fuertes de pluralismo conciliatorio e indica la influencia de estas condiciones previas en la formación de sistemas de partidos integrados. Véase H. Daalder, «Parties, Elites and Political Development(s) in Western Europe», en J. LaPalombara y M. Weiner, eds., *Political Parties and Political Development*, op.cit. Hay un análisis más amplio de diferencias de carácter en el proceso de construcción de la nación en S. P. Huntington, «Political Modernization: America vs. Europe», *World Politics*, 18, 1966, pp. 378-414.

ESQUEMA A

Nivel de cada umbral				Sistema de partidos resultante			
Legitimación	Incorporación	Representación	Poder mayoría				
Alto	A	A	A	Regímenes autocráticos u oligárquicos, <i>Verfemung</i> de todos los partidos; ⁴⁷ protestas y agravios canalizados a través del campo de la administración o a través de la representación estamental.			
Medio	A	A	A	Sistema de partidos interno y embrionario: camarillas de representantes, clubes de <i>notables</i> . Ejemplos: Inglaterra antes de 1832, Suecia durante las luchas entre «sombrios» y «gorras». ⁴⁸			
M	M	A	A o M	Sistemas de partidos internos que generan apoyo externo rudimentario a través del registro de asociación; con protección para las organizaciones ya incorporadas al sistema: predominantes en Europa occidental durante el período del hundimiento del absolutismo monárquico y la instauración del gobierno parlamentario con sufragio masculino.			
Bajo	M	A	A	Fase inicial del desarrollo de los sistemas de partidos externos: movimientos de las clases más bajas con libertad para desarrollarse. Sufragio aún limitado y/o desigual. Ejemplo: Suecia antes de 1909.			
B	M	A	M	Situación idéntica, pero con gobierno parlamentario: Bélgica antes de 1899; Noruega, 1884-1900.			
M	B	A	A	Aislamiento del sistema nacional de los partidos de minorías religiosas o de clase baja: medidas restrictivas contra las organizaciones políticas, pero sufragio masculino pleno. Ejemplos: el <i>Reich guillermino</i> durante el período de la <i>Socialtengesetze</i> , 1878-1890; Francia durante el Segundo Imperio y primeras décadas de la Tercera República.			
B	B	A	A	Sistemas de partidos competitivos con sufragio masculino igual y universal, con grandes beneficios para las alianzas y con una separación clara de los poderes legislativo y ejecutivo. El mejor ejemplo serían los Estados Unidos, si no hubiera sido por las restricciones a las actividades del partido comunista y el bajo derecho de sufragio <i>de facto</i> de los negros en el Sur. Francia durante la Quinta República podría ser un ejemplo mejor.			

47. Éste es el término de Faul para la fase inicial de la formación de partidos, *op. cit.*, pp. 62-69.

48. Véase especialmente Gunnar Olson, *Hattar och mässor: Studier över partiväsendet i Sverige, 1751-1762*, Akademiförlaget, Gotemburgo, 1963.

ESQUEMA A (continuación)

Nivel de cada umbral				Sistema de partidos resultante			
Legitimación	Incorporación	Representación	Poder mayoría				
B	B	A	M	Idéntica situación, pero con gobierno parlamentario. Ejemplos: Francia durante las últimas décadas de la Tercera República y la mayor parte de la Cuarta; Gran Bretaña desde 1918.			
B	B	M	M	Igual situación, pero con cierto grado de representación proporcional: poca necesidad de alianzas para conseguir representación pero existencia de medidas contra la fragmentación mediante mínimos electorales explícitos o implícitos. Ejemplos: países nórdicos, Bélgica, Holanda y Suiza desde 1918-1920.			
B	B	B	B	Igual situación con representación proporcional máxima y menos limitaciones al poder de la mayoría. Ejemplo: el parlamento centrifugo y fragmentado y la presidencia plebiscitaria de la República de Weimar.			

hay ninguna evolución política que permita el cambio desde una situación con los cuatro umbrales «altos» a una con los cuatro umbrales «bajos».

Las progresiones claramente definidas hacia umbrales más bajos se observan, en general, en las primeras etapas de cambio: el reconocimiento de libertades de asociación, la ampliación del sufragio. En las últimas etapas se pueden observar variaciones mucho mayores en las vías de evolución. En realidad no hay ninguna etapa final única en las series de cambios, sino varias alternativas: BBAA-umbral alto de representación mayoritaria y separación de poderes; BBAM-umbral alto de parlamentarismo mayoritario; BBMM-parlamentarismo de RP de umbral medio; BBBB-gobierno de mayoría plebiscitario y PR de umbral bajo.

La primera literatura comparada sobre el crecimiento de los partidos y de los sistemas de partidos se centró en las consecuencias de la reducción de los dos primeros umbrales: la aparición de la oposición parlamentaria y una prensa libre y la ampliación del derecho de voto. Tocqueville y Ostrogorski, Weber y Michels, todos a su manera, intentaron comprender esa institución básica del Estado moderno que es el partido de masas competitivo.⁴⁹ La literatura posterior, sobre todo a partir de la década de 1920, pasó a centrar su atención en el tercer umbral y en el cuarto: las consecuencias del sistema electoral y la estructura del campo de la toma de decisiones para la formación y el funcionamiento de los sistemas de partidos. Los duros debates sobre los pros y los contras de los

49. Hay un repaso de esta literatura en S. M. Lipset, «Introduction: Ostrogorski and the Analytical Approach to the Comparative Study of Political Parties», en M. I. Ostrogorski, *Democracy and the Organization of Political Parties*, Doubleday, Nueva York, 1964, pp. IX-LXV.

sistemas electorales estimularon una gran diversidad de tentativas de análisis comparado, pero las considerables fidelidades emotivas a favor de un lado u otro condujeron a menudo a interpretaciones discutibles de los datos y a generalizaciones excesivamente precipitadas a partir de pruebas escasas. Pocos autores fueron capaces de contentarse con comparaciones de secuencias de cambio en países distintos. Quisieron influir en el curso futuro de los acontecimientos y fueron sumamente optimistas sobre las posibilidades de introducir cambios en los sistemas de partidos establecidos a través de la ingeniería electoral. Olvidaron que los partidos, una vez establecidos, construyen una estructura interna propia y crean compromisos internos a largo plazo entre el núcleo central de seguidores. Las maniobras electorales pueden impedir o demorar la formación de un partido, pero una vez que éste ha tomado forma y se ha asentado, resulta difícil cambiar su carácter modificando tan sólo las condiciones de agregación electoral. En realidad, en la mayoría de los casos tiene poco sentido tratar los sistemas electorales como variables independientes y los sistemas de partidos como dependientes. Los estrategas de los partidos tendrán en general influencia decisiva sobre la legislación electoral y optarán por los sistemas de agregación que consoliden su propia posición, bien a través de un aumento en su representación, a través del refuerzo de las alianzas preferidas o a través de mecanismos contra movimientos de escisión. En términos teóricos quizás pueda tener sentido la hipótesis de que sistemas de mayoría simple originarán oposiciones bipartidistas en los sectores culturalmente más homogéneos de un Estado y sólo generarán otros partidos a través de divisiones territoriales. Sin embargo, la única base convincente para esta generalización procede de países con una historia continua de agregaciones de mayoría simple desde los inicios de la política democrática de masas. Hay pocas pruebas firmes y mucha inseguridad en cuanto a los efectos de posteriores cambios en las leyes electorales sobre los sistemas de partidos: una razón simple es que los partidos ya asentados en el estado influirán mucho en la amplitud y la dirección de estos cambios y, cuanto menos, se mostrarán reacios a que se les borre la existencia por una votación.

Cualquier tentativa de análisis sistemático de variaciones en las condiciones y las estrategias de la competencia de partidos debe nacer de estas diferenciaciones en las fases evolutivas. En este contexto, no podemos hacer comparaciones detalladas país por país. Nos hemos limitado, entonces, a revisar datos correspondientes a dos secuencias diferentes de cambio: la aparición de movimientos y partidos de *clase baja* y la decadencia de los partidos de *régime censitaire*.

LAS NORMAS DEL JUEGO ELECTORAL

Los primeros sistemas electorales establecieron un umbral elevado para los partidos que surgían. A los partidos obreros les fue muy difícil en todas partes obtener representación propia, pero hubo variaciones significativas en el aperturismo de los sistemas debido a las presiones de los nuevos estratos. Los sistemas de votación de segunda vuelta, tan bien conocidos del Reich Guillermiano, de la Tercera República francesa y de la Quinta

ta, establecieron la barrera más alta posible, la mayoría absoluta, pero posibilitaron al mismo tiempo una diversidad de alianzas locales entre los adversarios de los socialistas; el sistema mantuvo subrepresentados a los nuevos incorporados pero, sin embargo, no forzó a los viejos partidos a fundirse o aliarse a escala nacional. Las injusticias manifiestas del sistema electoral aumentaron aún más el alejamiento de las clases trabajadoras de las instituciones nacionales y generaron lo que Giovanni Sartori ha calificado como sistemas de «pluralismo centrífugo»:⁵⁰ un importante movimiento *fuera* del ámbito político establecido y varios partidos opuestos *dentro* de él.

Los sistemas de mayoría simple del tipo británico-norteamericano establecen también altas barreras contra los movimientos en ascenso que pretenden incorporarse al ámbito político; sin embargo, el nivel inicial no está establecido en el 50 % de los votos emitidos en cada circunscripción sino que varía desde el principio con las estrategias adoptadas por los partidos. Si éstos se agrupan en defensa de sus intereses comunes, el umbral es alto; si cada uno se centra en su propio interés, es bajo. En las primeras fases de la movilización obrera, estos sistemas fomentaron alianzas del tipo «liberales-obreras». Los recién llegados al electorado vieron que sus únicas posibilidades de representación estaban en candidaturas conjuntas con el partido oficial más reformista. En fases posteriores, partidos claramente socialistas obtuvieron representación propia, en sectores de gran concentración industrial y elevada segregación de clase, pero esto no provocó invariablemente alianzas contrarias por parte de los partidos más antiguos.

Sin embargo, no en todos los Estados de mayoría simple se formaron partidos obreros tan fuertes y diferenciados. Canadá y Estados Unidos se quedaron en lo que podríamos llamar la etapa «liberal-obrera». Los analistas de estas dos naciones «desviacionistas» han otorgado preeminencia a factores como la temprana concesión del derecho al voto, la elevada movilidad, el federalismo asentado y la marcada diversidad regional, étnica y religiosa.⁵¹ Pero hay importantes diferencias entre los dos casos que nos dicen mucho sobre la importancia del cuarto de nuestros umbrales: la protección contra el poder de la mayoría directa. En una comparación reciente de los sistemas de partidos canadiense y norteamericano, Leon D. Epstein ha argumentado, con una lógica admirable, que las diferencias decisivas reflejan contrastes en los procedimientos de toma central de decisiones constitucionalmente establecidos: en Canadá, responsabilidad del gabinete frente a una mayoría parlamentaria; en Estados Unidos, poderes separados adquiridos a través de dos canales de representación diferenciados.⁵² El sistema parlamentario rebaja el umbral de poder de las mayorías numéricas, pero el gobierno depende para su existencia de una votación disciplinada dentro del partido o de los partidos que lo apoyan en la legislatura. El sistema de separación de poderes hace que re-

50. «European Political Parties: The Case of Polarized Pluralism», en J. LaPalombara y M. Weiner, eds., *Political Parties and Political Development*, op. cit.

51. Hay una exposición de similitudes y diferencias entre dos democracias anglófonas en L. Lipson, «Party Systems in the United Kingdom and the Older Commonwealth», *Pol. Studies*, 7, 1959, pp. 12-31; S. M. Lipset, *The First New Nation*, caps. 5, 6 y 7; y R. Alford, *Party and Society: The Anglo-American Democracies*, Rand McNally, Chicago, 1963, especialmente el cap. XII.

52. Leon D. Epstein, «A Comparative Study of Canadian Parties», *Amer. Pol. Sci. Rev.*, 63, marzo de 1964, pp. 46-59.

sulte más difícil traducir victorias numéricas en cambios diferenciados de política, pero permite también alianzas mucho más flexibles dentro de cada uno de los partidos. Los partidos canadienses tienden a estar unidos en su comportamiento legislativo y a mantener un control estricto sobre el reclutamiento de candidatos. Los partidos norteamericanos tienden a ser una federación flexible, con una estructura interna mínima y un sistema de elecciones primarias que los obliga a dejar las decisiones sobre el reclutamiento a un mercado electoral más amplio. Como consecuencia, el sistema canadiense ha fomentado los partidos de protesta regionales y culturales, mientras que los partidos norteamericanos se han mostrado notablemente abiertos a exigencias locales o de facción, a una gran variedad de movimientos e intereses. El estricto sistema bipartidista predominante en Estados Unidos no puede considerarse un resultado normal de elecciones por mayoría simple. Los partidos estadounidenses difieren marcadamente, por su estructura y por su carácter, de otros partidos surgidos con este sistema de elecciones y pueden explicarse mejor a través de un análisis de la separación constitucionalmente establecida de los dos ámbitos de toma de decisiones, el Congreso y el ejecutivo presidencial.

Esto nos lleva a un punto crucial de nuestro análisis de la transformación de la estructura de división en sistemas de partidos: los costes y los beneficios de fusiones, alianzas y coaliciones, la altura del umbral de representación y las normas de toma de decisión central pueden aumentar o disminuir los beneficios netos de la acción conjunta, pero la intensidad de las hostilidades heredadas y la apertura de comunicaciones a través de las líneas de división determinarán si son concretamente factibles las fusiones o las alianzas. Debe haber un mínimo grado de confianza entre los dirigentes, y tiene que haber cierta justificación para esperar que los canales de comunicación con los que elaboran decisiones se mantendrán abiertos, sea quien sea el que gane la elección. El sistema electoral británico sólo puede entenderse teniendo en cuenta el telón de fondo de las tradiciones asentadas de representación territorial; el miembro del Parlamento representa a todos sus electores, no sólo a los que le votaron. Pero este sistema pone a prueba la lealtad de los electores: en enfrentamientos bipartidistas pueden tener que soportar las decisiones de un representante al que no quieren hasta un 49 % de ellos; en las contiendas entre tres partidos, puede ser hasta un 66 %.

Estas exigencias deben producir inevitablemente tensiones en comunidades divididas étnica, cultural o religiosamente: cuanto más profundas son las divisiones, menos probable es que las decisiones tomadas por representantes de la otra parte sean aceptadas lealmente. No fue casual que los primeros movimientos hacia la representación proporcional se dieran en los países europeos étnicamente más heterogéneos, Dinamarca en 1855 (para acomodar Schleswig-Holstein), los cantones suizos a partir de 1891, Bélgica

53. El manual básico sobre la historia de la representación proporcional en Europa aún sigue siendo Karl Braunijs, *Das parlamentarische Wahlrecht*, de Gruyter, Berlín, 1932, I-II. Obras polémicas como F. A. Hermens, *Democracy or Anarchy?*, Univ. of Notre Dame Press, Notre Dame, 1941; E. Lakeman y J. D. Lambert, *Voting in Democracies*, Faber, Londres, 1955; y H. Unkelbach, *Grundlagen der Wahlsystematik*, Vandenhoeck u. Rupprecht, Göttinga, 1956, ofrecen gran cantidad de información pero no ayudan mucho a entender las *condiciones socioculturales* para el éxito de uno u otro *provincial* de agrupación electoral. Véase S. Rokkan «Electoral Systems», artículo en *International Encyclopedia of the Social Sciences*.

desde 1899, Moravia desde 1905 y Finlandia desde 1906.⁵³ El gran historiador de los sistemas electorales Karl Braunijs distingue dos fases en la difusión de la representación proporcional: la fase de la «protección de la minoría» antes de la primera guerra mundial y la fase «antisocialista» en los años que siguieron inmediatamente al armisticio.⁵⁴ En sociedades divididas lingüística y religiosamente las elecciones por mayoría podían constituir una clara amenaza para la continuidad del sistema político. La adopción de cierto elemento de representación de minorías se consideró un paso esencial en una estrategia de consolidación territorial.

Al aumentar las presiones en favor de la ampliación del derecho de sufragio, también se oyeron demandas en favor de la proporcionalidad en los Estados culturalmente más homogéneos. En la mayoría de los casos la victoria del nuevo principio de representación llegó gracias a una convergencia de presiones de abajo y de arriba. La clase obrera que surgía quería rebajar el umbral de representación para conseguir acceso a los cuerpos legislativos, y los partidos tradicionales más amenazados pedían representación proporcional para proteger sus posiciones contra las nuevas olas de votantes movilizados por el sufragio universal. En Bélgica, la adopción del sufragio masculino graduado, en 1893, trajo consigo una polarización creciente entre obreristas y católicos y puso en peligro la existencia continuada de los liberales; la representación proporcional devolvió cierto equilibrio al sistema.⁵⁵ La historia de las luchas en torno a los procedimientos electorales en Suecia y en Noruega nos explica muchas cosas sobre las consecuencias de rebajar un umbral para negociar el nivel del siguiente. En Suecia los liberales y los socialdemócratas libraron una larga lucha por el sufragio universal e igualitario y al principio propugnaron también la representación proporcional para conseguir un acceso más fácil a los cuerpos legislativos. Pero el notable éxito de sus movilizaciones los llevó a cambiar de estrategia. A partir de 1904 abogaron por elecciones por mayoría en distritos electorales de un solo miembro. Esto despertó temores entre los campesinos y los conservadores urbanos, que para proteger sus intereses convirtieron la representación proporcional en una condición para aceptar el sufragio masculino. Así cayeron juntas las dos barreras: resultó más fácil acceder al electorado y más fácil obtener representación.⁵⁶ En Noruega hubo un intervalo mucho más largo entre las oleadas de movilización. La concesión del derecho al voto fue mucho más amplia desde el principio, y la primera oleada de movilización campesina derrumbó el viejo régimen en 1884. En consecuencia, el sufragio se amplió mucho antes de la movilización final del proletariado rural y de los obreros industriales por influjo del rápido cambio económico. La «izquierda» radical-agraria victoriosa no sintió ninguna necesidad de rebajar el umbral de representación y, en realidad

54. Braunijs, *op. cit.* II, pp. 201-204.

55. Véase J. Gilissen, *Le régime représentatif en Belgique depuis 1790*, Renaissance du Livre, Bruselas, 1958, pp. 126-130.

56. El surgimiento del movimiento de ámbito nacional en favor del sufragio universal y la movilización de apoyo paralela de los liberales y los socialdemócratas se describen con gran detalle en S. Carlsson, *Lantmannapoliitiken och industrialismen*, Gleerup, Lund, 1952, y T. Vallinder, *I Kamp för demokratien*, Natur o. kultur, Estocolmo, 1962. Hay una aceptable exposición de la negociación en torno a la ampliación del sufragio y a la representación proporcional en Douglas V. Verney, *Parliamentary Reform in Sweden 1866-1921*, Clarendon, Oxford, 1957, cap. VII.

ayudó a elevarlo, en 1906, mediante un sistema de votación doble del tipo francés. Hay pocas dudas de que esto contribuyera notablemente a la radicalización y el distanciamiento del partido laborista noruego. En 1915 había obtenido el 32 % de los votos emitidos, pero se le dio apenas el 15 % de los escaños. La «izquierda» no cedió hasta 1921. La causa decisiva fue claramente no sólo un sentido de justicia igualitaria sino el miedo al declive acelerado con avances posteriores del partido laborista por encima del umbral de la mayoría.

En todos estos casos podrían haberse mantenido umbrales altos si los partidos de las clases propietarias hubiesen sido capaces de formar un frente común contra los crecientes movimientos obreros. Pero la tradición de hostilidad y desconfianza era demasiado fuerte. Los liberales belgas no fueron capaces de afrontar la posibilidad de una fusión con los católicos, y las divisiones entre los intereses rurales y urbanos eran demasiado profundas en los países nórdicos para que se pudiese formar un frente antisocialista. En Inglaterra, sin embargo, el nivel superior de industrialización y la fusión progresiva de los intereses rurales y urbanos hicieron posible una oposición al reclamo de un cambio en el sistema de representación. Los laboristas sólo estuvieron gravemente subrepresentados durante un breve período inicial, y los conservadores pudieron establecer alianzas lo suficientemente amplias en los condados y las zonas suburbanas para mantener sus votos bastante por encima del punto crítico.

Consecuencias para la sociología política comparada

Hemos llevado nuestra tentativa de sistematizar la historia comparativa de las oposiciones partidistas en los Estados europeos hasta cierto punto de la década de 1920, hasta la inmovilización de las alternativas de partido importantes a raíz de la ampliación del sufragio y la movilización de sectores fundamentales de las nuevas reservas de seguidores potenciales. ¿Por qué detenernos ahí? ¿Por qué no seguir este ejercicio de análisis de división comparativo hasta la década de 1960? La razón es engañosamente simple: los sistemas de partidos de la década de 1960 reflejan, con escasas pero significativas excepciones, las estructuras de división de la década de 1920. Ésta es una característica decisiva de la política competitiva de Occidente en la época del «gran consumo masivo»: Las alternativas partidistas, y en un considerable número de casos las organizaciones partidistas, son más viejas que las mayorías de los electorados nacionales. Para la mayoría de los ciudadanos de Occidente los partidos activos actualmente forman parte del paisaje político desde su infancia, o al menos desde que se enfrentaron por primera vez con el problema de elegir entre «paquetes» alternativos en unas elecciones.

Esta continuidad es algo que se considera natural y en lo que no se repara; en realidad plantea un conjunto de problemas intrigantes para la investigación sociológica comparada. Un número sorprendente de los partidos que se habían consolidado a finales de la primera guerra mundial sobrevivió no sólo a las pruebas terribles del fascismo y del nacionalsocialismo sino también a otra guerra mundial y a una serie de profundos cambios en la

estructura social y cultural de los Estados de los que formaban parte. ¿Cómo fue posible? ¿Cómo fueron capaces estos partidos de sobrevivir a tantos cambios en las condiciones políticas, sociales y económicas de su actuación? ¿Cómo pudieron lograr que cuerpos de ciudadanos tan grandes siguieran identificándose con ellos durante períodos de tiempo tan largos, y cómo pudieron renovar sus clientelas básicas de generación en generación?

No hay respuesta directa a ninguna de estas cuestiones. Sabemos mucho menos de la dirección interna y del funcionamiento organizativo de los partidos políticos de lo que sabemos de su base sociocultural y su historia externa de participación en la elaboración pública de decisiones.

Para aproximarnos a una respuesta tendríamos que partir sin duda de un análisis comparado de los «viejos» y «nuevos» partidos: los primeros partidos de masas que se formaron durante la última fase de ampliación del sufragio y los intentos posteriores de lanzar nuevos partidos durante las primeras décadas de sufragio universal. Es difícil encontrar excepciones significativas a la norma de que los partidos que fueron capaces de formar organizaciones de masas y pudieron establecerse en estructuras de gobierno locales antes del impulso final hacia la máxima movilización han resultado ser los más viables. La reducción del «mercado de apoyo» que derivó del crecimiento de los partidos de masas durante este impulso final hacia la democracia de sufragio pleno dejó claramente muy pocas opciones para nuevos movimientos. Donde el reto de los partidos obreros emergentes se había enfrentado a esfuerzos concertados de contramovilización a través de organizaciones de masas de ámbito nacional en los frentes liberales y conservadores, el espacio para nuevas formaciones partidarias fue particularmente reducido; esto fue lo que sucedió cuando el umbral de representación era bajo, como en Escandinavia, o muy alto, como en Inglaterra.⁵⁷ En correspondencia, los sistemas de partidos «posdemocráticos» demostraron ser notablemente más frágiles y abiertos a recién llegados en los países donde los estratos privilegiados se habían apoyado en sus recursos de poder locales en vez de en organizaciones de masas de ámbito nacional en sus esfuerzos de movilización.

Francia fue uno de los primeros países que llevó al campo político un electorado máximo, pero los esfuerzos de movilización de los estratos asentados fueron locales y personales. Nunca llegó a fomarse una organización de masas que se correspondiese con el partido conservador de Gran Bretaña. Hubo muy poca «reducción del mercado de apoyo» a la derecha del PCF y el SFIO y, en consecuencia, mucho campo para la innovación en el sistema de partidos incluso en las últimas fases de la democratización.

En Alemania hubo una simetría similar: organizaciones de masas fuertes a la izquierda pero una acusada fragmentación a la derecha. En varios puntos de nuestro análisis de las estructuras de división hemos insistido en la diferencia entre Alemania y Gran Bretaña. La diferencia con Austria es igualmente reveladora; allí la constelación tri-Lat-

57. Un libro como el de Samuel J. Eldersveld, *Political Parties: A Behavioral Analysis*, McNally, Chicago, 1964, propone temas importantes para una investigación, pero su utilidad para el análisis comparativo se halla gravemente limitada por una excesiva concentración en la que es quizás la organización partidista más atípica que existe, la norteamericana.

58. Para comprobar esta generalización es evidente que habrá que efectuar un censo comparativo de partidos «efímeros» de Europa. Hans Daalder ha dado un primer paso útil con su inventario de pequeños partidos en Holanda desde 1918; Holanda es el país con el historial más prolongado de representación proporcional de umbral mínimo; véase «De kleine politieke partijen —een voorlopige poging tot inventarisatie», *Acta politica*, I, 1965-1966, pp. 172-196.

ger se asentó en una etapa muy temprana del proceso de movilización, y el sistema de partidos cambió asombrosamente poco desde el Imperio a la Primera República, y desde ésta a la Segunda. La consolidación del apoyo conservador en torno a las organizaciones de masas de la Iglesia católica absorbió, sin duda, una gran parte del potencial de movilización para nuevos partidos. En la Alemania guillermina y en la de Weimar la única organización de masas auténtica a la derecha de los socialdemócratas era el *Zentrum* católico. Esto aún dejaba bastante campo para formaciones partidarias «posdemocráticas» en la derecha protestante. Fue, irónicamente, la derrota del régimen nacionalsocialista y la pérdida del Este protestante lo que brindó la oportunidad para una cierta estabilización del sistema de partidos alemán. Con la creación de la CDU/CSU, regionalmente dividida, los alemanes pudieron aproximarse por primera vez a un partido conservador amplio de tipo británico. No fue capaz de crear una organización de miembros del partido tan sólida, pero demostró, al menos hasta el desastre de 1966, una eficacia asombrosa para agrupar intereses a través de una amplia gama de estratos y sectores de la comunidad federal.

Hay otros dos países de Occidente que han experimentado cambios espectaculares en sus sistemas de partidos desde la instauración del sufragio universal y merecen un comentario en este marco; son Italia y España. El caso italiano se aproxima al alemán: ambos países pasaron por un doloroso proceso de unificación tardía; ambos estaban profundamente divididos en sus estratos privilegiados entre los «constructores de la nación» (prusianos, piemonteses) y los católicos; ambos habían tardado en reconocer los derechos de las organizaciones obreras. La diferencia esencial radicaba en la *coordinación* de las formaciones de partidos. En el Reich se había permitido que se formase una estructura de partido diferenciada durante la fase de movilización inicial y se le habían otorgado otros quince años de funcionamiento durante la República de Weimar. Por el contrario, en Italia la escisión Iglesia-Estado era tan profunda que no surgió un sistema de partidos estructuralmente responsable hasta 1919, tres años antes de la marcha sobre Roma. En realidad, faltó tiempo para la consolidación de un sistema de partidos antes de la revolución posdemocrática, y había muy pocos componentes de un sistema de partidos tradicional a los que recurrir después de la derrota del régimen fascista en 1944. Ciertamente, los socialistas y los *popolari* habían tenido un breve período de experiencia de movilización electoral y esto, sin duda, fue un factor relevante al crearse el PCI y la DC después de la guerra. Pero las otras fuerzas políticas no habían estado nunca organizadas para la política electoral y dejaron mucho margen para irregularidades en el mercado de la movilización. El caso español tiene mucho en común con el francés: unión temprana pero resentimientos profundos contra el poder central en algunas de las provincias y prematura universalización del sufragio pero con organizaciones de partidos débiles y divididas. El sistema español de falso parlamentarismo y *caciquismo* no había producido partidos de masas electorales de importancia en la época en que la doble amenaza de movilización secesionista y militancia obrera desató contrarrevoluciones nacionalistas, primero con Primo de Rivera, en 1923, luego con la guerra civil, en 1936. Toda la historia de la política de masas electoral española se reduce a los cinco años de la república, desde 1931 a 1936; no es gran cosa, y es significativo que un analista lúcido y realista como Juan Linz

no base sus proyecciones de la posible estructuración de un futuro sistema de partidos español en las experiencias de esos cinco años sino en una proyección de las alineaciones electorales italianas.⁵⁹

Estos cuatro casos espectaculares de interrupciones en la formación de los sistemas de partidos nacionales no invalidan por sí solos nuestra formulación inicial. Las alternativas de partido más importantes se establecieron para cada ciudadanía nacional durante las fases de movilización inmediatamente anteriores o posteriores a la ampliación final del sufragio, y se han mantenido más o menos igual a lo largo de las décadas de cambios posteriores en las condiciones estructurales de elección partidista. La continuidad en las alternativas son tan sorprendentes, incluso en los casos de Francia, Alemania e Italia, como las interrupciones en sus expresiones organizativas. En varios sentidos, el caso francés es el más intrigante en este aspecto. No hubo ningún período de interrupción de la política electoral generado internamente (la fase Petain-Laval no se habría producido, evidentemente, si los alemanes no hubieran ganado en 1940), pero se produjeron una serie de oscilaciones violentas entre los modelos plebiscitario y representativo de democracia y una fragmentación organizativa acusada, tanto en la articulación de intereses como en los partidos. A pesar de estos cataclismos frecuentes, ningún analista de la política francesa tiene muchas dudas sobre las continuidades subyacentes de sentimiento e identificación tanto a la derecha como a la izquierda del espectro político. El votante no sólo reacciona ante temas inmediatos sino que está atrapado en un conjunto históricamente determinado de opciones difusas para todo el sistema.

Esta «historicidad» de las alternativas partidistas tiene una importancia decisiva para el estudio de diferencias y similitudes, no sólo entre naciones sino también dentro de las naciones. Las alternativas partidistas varían en predominio y «edad», no sólo de un sistema político a otro sino también de una localidad a otra dentro del mismo Estado. Para llegar a entender con detalle los procesos de movilización y alineamiento dentro de una nación concreta necesitamos, evidentemente, información no sólo sobre el resultado de la votación y la división de los votos, sino sobre el ritmo de formación de las organizaciones de partidos locales. Este proceso de asentamiento local puede concretarse de diversos modos: a través de registros de la organización, a través de registros de los miembros y a través de información sobre las listas presentadas en elecciones locales. La representación en localidades permitirá, en la mayoría de los países de Occidente, un acceso mucho más directo a los recursos del poder que la representación a escala nacional. Los que ocupan los cargos locales tienden a formar la columna vertebral de la organización del partido y son capaces de atraer a núcleos de seguidores activos mediante la distribución de las prebendas y recompensas que sus puestos puedan permitir. Para los partidos de los desamparados acceder al aparato local del gobierno ha tenido en general, una importancia decisiva para la formación y el mantenimiento de sus redes organizativas. Pueden haber sobrevivido apoyándose en su fuerza sindical, pero el potencial de recursos adicionales que entrañan las oficinas locales ha significado mucho más para ellos

59. Juan Linz y A. de Miguel, «Within-Nation Differences and Comparisons: The Eight Spains», en R. Menis y S. Rokkan, eds., *Comparing Nations*, Yale University Press, New Haven, 1966, cap. V.

que para los partidos cuya fuerza básica procede de las redes de los que controlan el poder económico o de las organizaciones de la Iglesia.

El estudio de estos procesos de asentamiento local se halla aún en la infancia en la mayoría de los países y nunca se han emprendido estudios comparados.⁶⁰ Es una de las grandes lagunas de la sociología política empírica. Hay asimetría entre nuestros conocimientos y nuestras tentativas de sistematización: sabemos muy poco de los procesos por los cuales se estabilizan las alternativas políticas para diferentes electorados locales, pero tenemos mucha información sobre las circunstancias en las que una alternativa u otra resulta elegida. Esto refleja, sin duda, diferencias en el acceso a los datos. Es una tarea laboriosa y frustrante reunir datos, localidad por localidad, sobre la formación, la evolución y, posiblemente, el estancamiento o la desaparición de organizaciones partidarias. Es muchísimo más fácil investigar las elecciones entre las alternativas ya consolidadas; los aparatos de registro electoral han acumulado, década tras década, datos sobre elecciones de masas, y lo mismo han hecho, al menos desde la segunda guerra mundial, las organizaciones de encuestas y sondeos. Lo que necesitamos ahora son esfuerzos sistemáticos para unificar la información sobre el ritmo de asentamiento local de los partidos para concretar sus consecuencias en la alineación electoral.⁶¹ La formación de archivos de datos ecológicos⁶² con profundidad histórica tiene que multiplicar estos análisis. Lo que necesitamos ahora es un esfuerzo internacional para coordinar al máximo esos esfuerzos.

Con la formación de esos archivos la dimensión tiempo tiene que ganar preeminencia en el estudio comparado de la política de masas. La primitiva escuela de geógrafos electorales franceses tenía profunda conciencia de la importancia de los asentamientos locales y su perpetuación a lo largo del tiempo. Estadísticos ecologistas como Tingsten se preocuparon menos de la estabilidad diacrónica que de los índices de cambio, sobre todo a través de la movilización de los últimos que se incorporaron a los electorados nacionales, los trabajadores y las mujeres. La implantación de la encuesta, como técnica de recolección de datos y de análisis, acortó la perspectiva temporal y produjo una concentración en variaciones sincrónicas; la técnica de panel centró la atención en las fluctuaciones a corto plazo, y ni siquiera los datos sobre votación en el pasado y tradiciones políticas de familia ayudaron a convertir las encuestas en un instrumento adecuado para investigar la evolución. En los últimos años se ha producido una importante inversión de esta tendencia. No sólo hay un aumento acusado del interés de los investigadores por da-

60. Éste es un tema importante del programa noruego de investigación electoral; véase sobre todo S. Rokkan y H. Valen, «The Mobilization of the Periphery», pp. 111-158, en S. Rokkan, ed., *Approach to the Study of Political Participation*, Chr. Michelsen Institute, Bergen, 1962; y T. Hjellum, *Partiene i lokalpolitikken*, Gyldendal, Oslo, 1967. Las posibilidades de investigación comparativa sobre la «politización» del gobierno local se analizan en S. Rokkan, «Electoral Mobilization, Party Competition and National Integration», en J. LaPalombara y M. Weiner, *op. cit.*, pp. 241-265.

61. Hay una exposición general sobre la necesidad de estos controles por el carácter de las alternativas partidarias locales en S. Rokkan, «The Comparative Study of Political Participation», en A. Ranney, ed., *Essays on the Behavioral Study of Politics*, Univ. of Illinois Press, Urbana, 1962, pp. 45-90.

62. Sobre la creación de este tipo de archivos de datos para utilización informática véase S. Rokkan, ed., *Data Archives for the Social Sciences*, Mouton, París, 1966; y el informe de Mathei Dogan y S. Rokkan del Simposio sobre Análisis Ecológico Cuantitativo celebrado en Evian, Francia, en septiembre de 1966.

tos de series temporales históricas sobre elecciones y otros datos de masas,⁶³ sino también mayor concentración de esfuerzos en el estudio de los *procesos organizativos y la consolidación de alternativas políticas*. Son requisitos previos esenciales para crear una sociología verdaderamente comparada de la política de masas de Occidente. Para entender los alineamientos actuales de los electores en los diferentes países no basta con analizar los problemas y la estructura sociocultural contemporáneos. Es aún más importante retroceder hasta la formación inicial de alternativas de partidos y analizar las interacciones de los focos de identificación históricamente establecidos y los cambios subsiguientes en las condiciones estructurales de elección.

Esta unión de estrategias de análisis diacrónicos y sincrónicos es de especial importancia para poder entender la política de masas de las sociedades de «gran consumo de masas», organizativamente saturadas, de los años sesenta. Décadas de cambio estructural y crecimiento económico han hecho cada vez más irrelevantes las viejas alternativas establecidas, pero el elevado nivel de movilización organizativa de la mayoría de los sectores de la comunidad ha dejado muy poco espacio libre para que aparezcan nuevas alternativas partidistas. No es accidental que situaciones de este tipo generen mucha frustración, alienación y protestas dentro de los sectores organizativamente menos comprometidos de la comunidad, los *jóvenes* y, muy particularmente, los *estudiantes*. La «rebelión de los jóvenes» ha hallado muy distintas formas de expresión en los años sesenta. Nuevos tipos de delincuencia y nuevos estilos de vida, pero también nuevos tipos de política. El rechazo de las viejas alternativas, de la política de representación partidaria, puede que haya tenido su expresión más espectacular en la lucha por los derechos civiles y el movimiento de protesta estudiantil de los Estados Unidos,⁶⁴ pero la aversión de los jóvenes a los partidos oficiales, sobre todo a los que están en el poder, es un fenómeno común incluso en Europa. Las discrepancias generalizadas con los poderes establecidos nacionales respecto de la política exterior y militar no son más que una de las diversas fuentes de esa decepción. La distancia entre niveles de aspiración y niveles de éxito en el Estado de Bienestar también ha sido importante. La probabilidad de que estos resentimientos consolden movimientos lo suficientemente amplios como para formar nuevos partidos viables es escasa, pero los procesos de socialización y reclutamiento dentro de los viejos partidos, sin duda, resultarán afectados. Todo depende en gran parte de las concentraciones locales y el nivel de los umbrales de representación. En el sistema escandinavo, de umbral bajo, las oleadas de descontento han alterado ya el equilibrio de los viejos partidos: ha habido importantes movimientos de escisión en la izquierda socialista, y

63. Las figuras más importantes de este movimiento en Estados Unidos fueron V. O. Key y Lee Benson. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que, en años posteriores, han apoyado sus obras vigorosamente especialistas del análisis de encuestas como Angus Campbell y sus colegas Philip Converse, Warren Miller y Donald Stokes; véase *Elections and the Political Order*, Wiley, Nueva York, 1966, caps. 1-3 y 9.

64. Hay una tentativa detallada de integrar los datos de diversos estudios del activismo estudiantil norteamericano en S. M. Lipset y Philip Altbach, «Student Politics and Higher Education in the United States», *Comparative Education Rev.*, 10, 1966, pp. 320-349. Este artículo aparece también revisado y ampliado en S. M. Lipset, ed., *Students and Politics*, Basic Books, Nueva York, 1967. Otro análisis global de la literatura científica relacionada con el tema en Jeanne Block, Norma Haan y M. Brewster Smith, «Activism and Apathy in Contemporary Adolescents», en James F. Adams, ed., *Contribution to the Understanding of Adolescence*, Allyn and Bacon, Boston.

estos movimientos han socavado parte de la fuerza estratégica de los viejos partidos socialdemócratas. Esto sucedió primero en Dinamarca: la escisión del partido comunista condujo a la creación de un partido nacional notablemente vigoroso en la izquierda socialista y acarreó graves pérdidas a los socialdemócratas, pérdidas que fueron especialmente espectaculares en el otoño de 1966. Noruega vivió un proceso muy parecido a partir de 1961. Estalló de pronto un movimiento de escisión dentro del partido laborista del gobierno que obtuvo dos escaños en 1961; por primera vez desde la guerra los laboristas pasaron a la minoría. Esto fue el principio de una serie de crisis. En 1965 la escisión de izquierdas había llegado a obtener el 6 % de los votos y el partido laborista fue desplazado por fin del poder. Resultados posteriores en Suecia muestran procesos similares; el CP ha pasado a una línea «nacional» parecida al modelo danés y ha ganado terreno.

Hay una consideración decisiva en cualquier análisis comparado de estos cambios en la fuerza de los partidos: ¿Qué partidos han estado en el poder, cuáles en la oposición? En los años cincuenta muchos observadores temían la formación de partidos de mayoría permanentes. Se decía que los partidos gobernantes tenían todas las ventajas y podían movilizar tantos recursos estratégicos a su favor que la oposición podía quedar definitivamente impotente. Es alentador ver lo rápido que estos observadores tuvieron que cambiar de opinión. En los años sesenta, las crecientes «revoluciones de expectativas en alta» tienden a colocar a los partidos gobernantes en una desventaja preocupante: deben asumir la responsabilidad de problemas que ya no pueden controlar; se han convertido en blanco de continuas exigencias, agravios y críticas, y ya no controlan los recursos necesarios para enfrentarse a ellas. Los problemas de los partidos obreros en el poder en Escandinavia y Gran Bretaña sólo se pueden entender teniendo esto en cuenta. El Estado de bienestar, la difusión de la cultura de «el coche y la tele», el crecimiento explosivo de la enseñanza, todos estos procesos han sometido a las autoridades que gobiernan a nuevas tensiones y han hecho que a los viejos partidos obreros les resulte muy difícil conservar la lealtad de la generación más joven. Hasta los socialdemócratas suecos, que son los gobernantes obreristas más inteligentes y clarividentes de Europa, parecen haber llegado al final de su era. Afrontaron las exigencias de una ampliación del Estado de bienestar con habilidad innovadora mediante la creación del plan de pensiones suplementarias después de 1956, pero no podían vivir de eso eternamente. Sus recientes problemas se centran en la «sociedad de las colas»: colas en los centros de formación profesional y en las universidades, colas para viviendas, colas para servicios médicos. Puede que los obreros suecos gocen del nivel de vida más alto del mundo, pero esto no ayuda al gobierno socialdemócrata sueco. Los jóvenes de clase obrera ven que otros consiguen más estudios, mejores viviendas, mejores servicios que ellos, y dan muestras de frustración y alejamiento. Es significativo que en los tres países escandinavos las pérdidas de los socialdemócratas hayan sido más acusadas en las ciudades y muy pequeñas en la periferia rural. Donde los partidos gobernantes chocan con mayores dificultades es en las zonas donde ha penetrado más la «revolución de las expectativas».

Aún es demasiado pronto para decir qué clase de política generará este proceso. Habrá, sin duda, más fluctuaciones que antes. Esto puede aumentar las posibilidades de gobierno mediante un relevo regular, pero puede poner en marcha también nuevas varian-

tes de tráfico de coaliciones: los políticos se sienten tentados, como es natural, de «asumir la responsabilidad», para eludir la represalia electoral compartiendo responsabilidades con partidos rivales. Los acontecimientos de Dinamarca indican una tendencia hacia negociaciones abiertas por encima de todas las barreras de los partidos oficiales. En Noruega se está experimentando con una coalición de cuatro partidos del frente no socialista. Entre los cuatro hay tensiones, pero parece que funciona porque a todos los partidos resulta fácil culpar del incumplimiento de las promesas electorales a la necesidad de mantener la unidad del gobierno. En Suecia aún no se ha ensayado esta alternativa, pero se habla mucho de una «solución a la noruega». Los acontecimientos de la *Bundesrepublik* alemana durante el verano y otoño de 1966 indican la existencia de procesos similares en un marco político completamente distinto: un creciente desencanto con la dirección política suprema y con el sistema oficial de toma de decisiones, sea cual sea la tendencia del partido de los protagonistas concretos.

Para entender estos fenómenos y para calibrar la viabilidad de las posibles proyecciones futuras, será esencial elaborar, monografía a monografía, análisis por análisis, una sociología comparada de la política de masas competitiva.